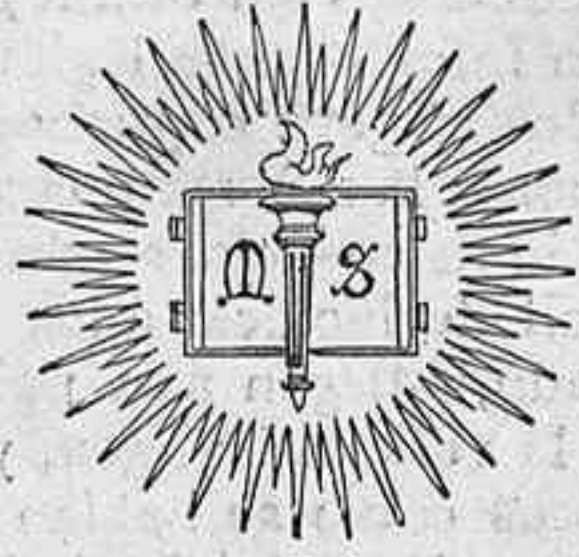


# La Ilustración Artística



AÑO XXVIII

BARCELONA 18 DE ENERO DE 1909

NÚM. 1.412

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FLORES DE MAYO, cuadro de Pedro Saenz

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La confesión*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Buenos Aires. Juegos Florales celebrados en el «Casal Catalá»*. — *La catástrofe de Calabria y de Sicilia*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Varietades científicas*.

**Grabados.**— *Flores de mayo*, cuadro de Pedro Sáenz. — Dibujos de Calderé que ilustra el artículo *La confesión*. — *Buenos Aires. Juegos Florales en el «Casal Catalá»*. *La reina de la fiesta y la Corte de Amor*. — *Aspecto general del salón en el «Casal Catalá» durante la celebración de los Juegos Florales*. — *Impaciencia*, cuadro de Federico Uhde. — *El gastrónomo*, cuadro de Claus Meyer. — *El cuarto de la abuela*, cuadro de Fernando Ruszczye. — *La catástrofe de Calabria y de Sicilia* (doce reproducciones fotográficas de escenas, ruinas y otras vistas tomadas después de dicha catástrofe). — *Tronco de árbol petrificado y transformado en ógala*. — *Mrs. Taft*, esposa del actual presidente de la República de los Estados Unidos. — *Acustelo Daguín*. — *El descubridor automático de aguas subterráneas*. — *Quiosco automático para consultar la guía de una ciudad*. — *Rejilla de calefacción sistema Le Roy*. — *Horno eléctrico de pan*. — *París. Tercera expedición de socorro a las víctimas de la catástrofe de Sicilia y de Calabria*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los Reyes han pasado por las casas donde hay niños. Y les han traído, en las alforjas del jiboso camello correspondiente, muñecos y baratijas sin número, desde el soberbio juguete mecánico que cuesta centenares de pesetas, hasta la Pepa coloradota y acartonada, que no cuesta sino la pesetilla...

Se verifica en los niños, he tenido ocasión de observar, un fenómeno contrario al que se observa en muchos hombres. Estiman éstos especialmente lo más caro, y los niños, si no gozan doble con el juguete barato, al menos gozan igual. El juguete caro suelen esconderlo los padres para que no lo rompan, y por lo tanto, es el juguete un semillero de desazones. Del barato se adueñan desde el primer instante, y por lo tanto, hacen de él a su gusto, y por último lo destruyen—¡goce supremo!

Niños y hombres, tal vez sólo para destruirlos quieren los juguetes...

\* \*

Nótese que, mientras otras festividades decaen y casi se borran del sentimiento general, la de los Santos Reyes adquiere mayor prestigio, se celebra más cada año.

En el presente se ha celebrado con cabalgatas y reparto de juguetes en muchas ciudades. Se ha querido dar plástico relieve á la idea que tienen los niños (ó que no tienen y aparentan tener para que les salga bien la cuenta) de que, desde unas regiones lejanas y fabulosas, precedidos por una estrella, vienen unos Reyes fastuosamente trajeados, á traerles, á los niños buenos, juguetes y dulces, y á los malos, carbones y virutas de las que sirven para encender la hornilla. Y así, á fin de que el día de mañana los chicos, convertidos ya en hombres, tal vez en viejos desengañados, exclamen dirigiéndose á un coetáneo: «¿Te acuerdas? ¡Qué ilusión nos hacían, cuando éramos chiquillos, los Santos Reyes!» Se han organizado las procesiones con su carroza de la Estrellita de Belén y su desfile de monarcas orientales, de coronas de cartón y mantos orlados de piel de gato legítimo. Mientras va perdiéndose la costumbre de «armar el belén» ó sea de colocar en una habitación de la casa, despojada de sus muebles, la mesa cubierta de musgo y terrón donde se ha de instalar el Nacimiento, el reparto de juguetes, el zapato misterioso que ha de aparecer colmado de chucherías, se extiende y se afianza, y no hay familia, por modesta que sea, que no obsequie á sus chicos con el tambor, la pelota, el caballo ó la muñeca. Y es que se ha puesto de moda mimar á las criaturas, y entre los dos métodos pedagógicos que la antigüedad nos ha legado, hemos optado por el ateniense, todo blandura, mirando como crueldad el espartano, que formaba gente resistente y recia.

\* \*

Cierto que todavía existen «niños mártires» pero—sobre todo en provincias, donde hay tiempo de ocuparse de ellos—hoy la regla general es que los niños, en vez de sufrir martirio alguno, tiranicen, manden y hagan el día entero su santo capricho, ó al menos el de sus papás, que es pasarse la vida en éxtasis ante sus retoños, sin prepararles á la lucha por la existencia, á la labor que todos necesitan cumplir y á cuantos problemas les saldrán al paso apenas dejen los limbos infantiles. No es posible que no horrorice el martirio de la niñez; no cabe que no estremezca pensar en un niño maltratado. Pero tam-

poco deja de horripilar el porvenir que ofrece á las generaciones venideras la idolatría desordenada que en la inmensa mayoría de los hogares se consagra al niño.

\* \*

Este porvenir podemos juzgarlo por el presente de muchos mocitos educados sin otra ley que no conocer ninguna... Son infinitos, son legión los mozalbetes que, habituados al goce caprichoso, al goce tal cual lo pide y saborea la niñez; no compelidos al estudio ni al ejercicio físico—que según un gran pedagogo, es tan difícil de inculcar á los niños como el estudiar, ó más aún,—llegan á la pubertad débiles de cuerpo y con la voluntad virgen, y se precipitan al goce de entonces como se habían precipitado al de antes, y caen en el precipicio de la holganza divertida, estado común de tantos «muchachos» españoles. Aquí no tenemos *el boy*, ese rapaz no metido aún en la sociedad de los hombres, encerrado en el mundo escolar y en el mundo deportista, no por moda, sino por higiene; *el boy*, que todavía no galeantea, que no fuma y que no alterna, porque aún no posee una situación social; porque está en edad de aprender y de formarse, y no de actuar «de persona».—No tenemos tampoco *la girl*, la chiquilla de formas aún semimascullinas, de ropa bien corta, de desbordante lozanía física, sin coquetería, sin pretensiones de mujer, sin ojeaditas disimuladas hacia donde están los galanes... No; lo que tenemos es la precoz «tobillera» y el «muchacho»: un ser al cual le reconocemos el derecho de hacer cuanto le viene en gana y de no imponerse la menor molestia en caso alguno, porque es eso... «muchacho», como si dijéramos iroqués ó maorí; de no estudiar..., porque ¡pobrecillo!...; de cultivar todas las formas del vicio, porque, como dice una deliciosa mamá de los Quinteros, «está en la edad;» de no tener con nadie deferencia ni cortesía, porque ¿quién les pide tal cosa á los «muchachos?» y en suma, de estragar la vida en el período en que debe constituirse, y llegar á la solemne ocasión de formar una familia, sin elementos, sin salud, sin fuerza, sin modo de vivir, sin más que la aureola de «muchacho...» ya calvo y manido; porque aquí se es «muchacho» desde muy temprano y hasta muy tarde.

\* \*

Estas niñeces, estas juventudes que no tienen más ley que la satisfacción del antojo del momento, y que no han sido guiadas ni reprimidas..., dan por resultado las edades viriles en que se prosigue la ocupación de los primeros años: divertirse, gozar, entretener el aburrimiento profundo del que no hace nada sino ir tras lo deficiente y fugitivo, lo estéril, caro y tonto; el goce... Y sobrevienen los dramas domésticos—tres á un tiempo en este principio de invierno y en las filas de la buena sociedad,—tres esposas abandonadas, tres hogares deshechos, tres de los que habrán sido niños idolatrados y «muchachos» cuyas gracias se reían, y que hoy son desertores del deber, hojas arrastradas por el viento de la locura y la disipación... no se sabe adónde.

Triste culminar el de esas vidas que despuntan entre exceso de cariño de los padres y exceso de indulgencia fácil de los indiferentes... Alguna vez, ¿quién lo niega?, el niño debe recibir extremas caricias y halagos, deben venir los Reyes para él; y el muchacho ser bien acogido en gracia á su riente mocedad, pero ni el mimo continuo ni la continua juerga son escuela de verdad. Ni debe culparse de todo á los padres; la sociedad tiene su responsabilidad en esto también. Si un padre se inclina á severidad, se le tacha de raro y cócora. Nada es más fácil que echar á perder, de palabra y sin sacrificios, á los hijos ajenos, que no han de molestarnos nunca con los resultados de su mala educación. Se hace papel airoso, se pasa por bonachón á ninguna costa, y hasta se reviste apariencia de persona á la moderna, ilustrada y de amplio criterio. No se calcula que todo tiene consecuencias, á la corta ó á la larga, y que al desorganizar la educación, al borrar el concepto de la obligación que incumbe á la juventud, de formarse y prepararse al cumplimiento del deber social, ó siquiera del personalísimo, individual, desorganizan también cuanto nos rodea, lo que refluje en daño de todos, en daño de la patria...

\* \*

Muy lejos me he ido de los santos Reyes Gaspar, Melchor, Baltasar... No olvidemos que son Magos, y que su reino, por consiguiente, está situado en países irreales, donde no se deben escuchar serias reflexiones, sino risas y gorjeos infantiles... Vedlos cual les representaron los pintores flamencos en sus

místicas tablas, y no dudaráis que los Magos encarnan el amor, la ternura; que son los «naturales abuelos» de que hablaba Campoamor. Sus caras, ante el Niño Dios sonriente en la cama de paja de su pesebre, expresan una babosa dulzura sólo comparable á la de los divinos San Antonios de Padua, de Bartolomé Esteban Murillo. El Rey guerrero amansa su militar continente; el Rey viejo y barbudo chochea besando los piececuelos del recién nacido; el Rey negro parece un buen can de Terranova, todo penetrado de adhesión y cariñazo incondicional. Su transporte no es reverencia al gran Misterio; es que después de tantas fatigas, de tan larga peregrinación por montes, valles y llanuras desiertas que el simún abrasa, han encontrado al fin de su jornada, ¿qué?, el resumen de todas las esperanzas y de todas las promesas, el porvenir, cifrado en las débiles carnes y los ojos inocentes de un niño...

\* \*

Y cada día se venden más juguetes, y cada día se llenan más zapatos, en la madrugada del 6 de enero, en palacios y buhardillas. La baratura del juguete propaga la costumbre y la extiende á las clases humildes, donde antes no se conocía ni la idea del juguete comprado en tienda. Hoy se compran, no sólo en las tiendas, sino en plena calle; la Puerta del Sol es un bazar de juguetería al aire libre. Ingeniosos y pobres juguetillos, que se confeccionan con los deshechos que la gran capital arroja todas las mañanas y los traperos recogen, para venderlos á modestísimos industriales. Oscila el valor de estos juguetes del arroyo entre diez céntimos, cinco céntimos, un real cuando mucho. Nadie puede ya recelar que sea un derroche llenar el zapatito pequeño.

Así parece al menos; pero como la necesidad es siempre mayor que los recursos, todavía constituye un lujo dar juguetes en infinitos hogares. El real ó la perra hacen avío para aceite, carbón ó pan; á veces—y es lo peor—para *morapio*. Los niños, sueltos por las calles, se buscan el juguete como pueden. Recogen lo que encuentran tirado, y por una lata de sardinas, que se precipita á coger, es aplastado un golfo bajo las ruedas del tranvía. No sabré pintar la aidez con que las criaturas, que acaso no tienen pan, corren tras el juguete, que prefieren al alimento.

Yo he visto, y es un espectáculo que causa pena, con qué ansia recogen los chicuelos de la calle los despojos de juguetes ó de lo que lo parece, sobre el cieno, entre detritus y suciedad. Las serpentinas, los *confetti*, usados, magullados, encuentran cien manos pequeñas y nada limpias que se disputan sus restos. A la puerta de un establecimiento comercial vi no ha mucho á un encargado de repartir prospectos. En los prospectos había una figurilla al cromo, una mujer poniéndose el corsé. El repartidor no ofrecía su prospecto sino á las personas que tenían trazas de poder comprar... Apenas me hubo dado uno, que estrujé con indiferencia, una niña pálida, desmedrada, gatita madrileña de tejado pobre, raída en el traje y desenfadada en el ademán, se acercó á mí y dijo entre suplicante y bravía:

—¿Me da usted ese prospecto?

—¿Para qué lo quieres?

—¡Toma, para jugar con él!, respondió la chica, asombrada de la pregunta.

\* \*

De suerte que las criaturas, á falta de pan..., de pan de juego, se buscan la vida de la imaginación, la vida del espíritu, del goce, del ensueño, donde pueden... De un lío de trapos hacen un bebé, de un palo de escoba un caballo, de un garbanzo y un retal de lienzo la cara de una vieja con tocas, de una aleluya un cuadro y de un tapón de botella un carrito. En esa edad venturosa por la suma de ilusión que posee, los objetos se transforman como en las comedias de magia, y si un retrato saca la lengua y hace girar los ojos, no es increíble, y si los Reyes entran por la chimenea se encuentra natural. Cuando en los primeros años se asiste á la representación de *La redoma encantada* ó de *Los polvos de la madre Celestina*, no hay noción de lo inverosímil de todo aquello, lo falso es real, y en cambio los sucesos reales se tiñen del color de la fantasía. Ese cruel y claro sentido de la *imposibilidad*, que restringe el horizonte desde que madura la razón, no hace sufrir su desencanto á los niños. ¡Y pensar que ya no volveremos á ser niños nunca, nunca! ¡Que para nosotros no ensillan sus jibosos camellos, ni colman sus alforjas de oro, incienso y mirra los Magos!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



LA CONFESIÓN

Mary, la bella hija del capitán del «Deva,» el decano de la clase, la «rosa náutica,» como la llaman por su gentileza en la casa armadora, sola en el comedor de su domicilio frente al muelle, leyendo á la luz de un quinqué, y abstraída en su lectura, una carta que humedece con sus lágrimas. Es la media noche y fuera se oye el turbión azotando los cristales que golpean el viento.

MARY (interrumpiendo un instante la lectura, ante una racha que sacudiendo con más ímpetu la vidriera la hace crujir de arriba á abajo).—¡Dios mío, qué tiempo! ¡Y mi padre que emprendió el viaje hace una hora! Seguramente que con la mar que se habrá encontrado aún no ha llegado á doblar el cabo del faro. (Reanudando su lectura.) «...No, no me quieres, no me digas que me quieres cuando no me lo pruebas; obras son amores y no buenas razones. La terrible fecha se aproxima; dentro de tres meses, consentas ó no, serás la esposa de ese impostor con quien tu padre cree tener pendiente una deuda sagrada. ¡Ah, si yo pudiera desenmascararle, demostrar que es un farsante!.. Pero ¿cómo?.. No me creerían; no me creerían, primero porque sabiendo todos mi pasión por ti, mis palabras resultarían sin crédito y encima me tildarían de tonto é inocente, y segundo porque él es el hijo del armador, es un opulento y yo soy un pobre diablo á sueldo de una casa rival de la suya, por apéndice, un pobre piloto que no tiene sobre qué caerse muerto...

»Pero tú, tú puedes evitar nuestra desdicha, si efectivamente me quieres, con un poco de energía y otro poco de abnegación para compartir mi miseria. ¡No te propongo nada que no sea honrado y recto; vas á cumplir tu mayoría de edad, sé resuelta, afróntalo todo y el juez por medio, conjurada la catástrofe!..» (Mary convulsa.) ¡Oh, sí, sí, es el único medio; pero ¡Dios mío!, me falta el valor para acometerlo! Mi padre tiene un carácter de hierro, es inflexible, cedería ante la ley, pero me maldeciría, y con su maldición la paz huiría de mi hogar, no seríamos felices... ¡Yo lo creo así, lo creo firmemente así! Podré negarme á ser de quien él trata de imponerme, pero contra su voluntad no debo ser de quien él rechaza.

La puerta del comedor se abre silenciosamente, apareciendo en su umbral un hombre ya maduro, de recio continente, enteramente rasurado, que se queda inmóvil con las manos en los bolsillos y en actitud de extrañeza. Su chaquetón de grueso paño azul y sus altas botas de becerro, ahora empapadas hasta la rodilla, delatan su profesión de marino. Unos instantes permanece contemplando á la joven y al cabo avanza silenciosamente.

MARINO.—Abstraída estás, Mary; no me has sentido llegar. ¿Qué carta es esa que tanto te interesa?

MARY (levantando bruscamente la cabeza y lanzando un grito).—¡Tú, mi padre!

MARINO (con ironía).—¡No me esperabas! El temporal nos ha roto una pieza de la máquina y hemos tenido que volvernos, llegando á duras penas á puerto á la vela. Pero no me has respondido. ¿Qué carta es esa y por qué tu turbación? ¡Contesta! ¡En seguida!

MARY (aterrada).—¡Padre!..

MARINO (acercándose á su hija).—¡Dámela!..  
 MARY (de pie, balbuciente).—¡No, no!..  
 MARINO.—¡En el acto! (Antes de que la joven pueda impedirlo, le arranca la carta, que devora ávidamente con los ojos, mientras Mary se apoya en la mesa, sintiéndose vacilar.) ¡Con que de nada han servido mis advertencias, y á pesar de ellas, contra mi deseo, aprovechas las ausencias de mis viajes dando oídas á ese hombre y alentando esperanzas que no podrán realizarse nunca! ¿Es así como secundas mis propósitos? ¿Sabes que estás prometida á otro, que ese otro es sagrado para mí y debe serlo para ti, porque sin él, sin su generosa abnegación en momentos en que nadie piensa sino en sí mismo, yo no estaría ahora hablando contigo y tú no tendrías pan que llevarte á la boca ó comerías un pan de miseria ó lo que es peor, prostituido; sabes todo eso y te dejas arrastrar por una locura que es á la vez una ingratitud? ¡Jamás, jamás lo hubiera supuesto en ti!

MARY.—¡Padre, padre! (Con voz ahogada.) Al corazón no se le imponen leyes y mi corazón es enteramente de Agustín. El es honrado, es bueno, es trabajador, es marino como tú. ¿Por qué le rechazas? ¡El ser pobre no es un delito!

MARINO.—¡No sé cómo he tenido fuerzas para contenerme y oírte!..

MARY.—La acción de Carlos fué sublime, lo concedo, pero ello no justifica que así prescindas de mi voluntad. Y no porque yo no sea del hijo de nuestro armador caemos en la ingratitud. ¡No, no, no tiene nada que ver!

MARINO (con creciente cólera).—¡Calla, calla y no pretendas justificar tu desobediencia ni enaltecer á un hombre que así te propone que saltas sobre mí, amparado por una ley absurda! Con Carlos te espera el bienestar, la opulencia, la vida tranquila y espléndida... ¿Qué más podías soñar que verte dueña de esta casa poderosa, que á tí y á mí nos ha dado de comer toda nuestra vida? ¿Y vas á tirar por la ventana todo ese porvenir por un romanticismo ridículo? Yo te lo repito, aunque Carlos no tuviera un céntimo, te quiere, me ha pedido tu mano, es mi salvador y... ¡ni una palabra más! ¡Serás suya! (Con ceño duro y mirada iracunda rechaza á su hija, que le tiende sus manos implorantes, y sale del comedor, dejándola bañada en llanto.)

Ha pasado un mes. Es el alba. Asiluetado bajo sus primeros fulgores indecisos, zarpa del puerto un vapor mercante con cargamento de bueyes para América, hacinados en grandes jaulas sobre cubierta, y silenciosos y aterrados en aquel piso que se mueve. La tripulación se entrega á la maniobra, y apoyado en una borda, un piloto joven, de barba negra, que vigila la faena, clava sus ojos un instante en la población aún dormida, que se va quedando atrás, disfundinadas en la distancia sus casas de techos de pizarra y sus chimeneas de fábrica de ladrillos. El barco sigue avanzando, hasta doblar el peñón en que se alza la torre del faro como un solitario monolito. La ciudad se ha casi perdido en la lejanía; al fin desaparece, y únicamente la indican sus primeros humos del día elevándose en negras nubes por la serena atmósfera.

PILOTO (apartándose bruscamente de la borda después de una última mirada á tierra).—¡Adiós para siempre!

Quince días después. El hijo del armador agoniza en su casa del puerto, derribado por unas fiebres infecciosas que se lo llevan. En las oficinas, en el escritorio, en los almacenes, todos los rostros consternados. Cada vez que sale del portal un criado ó un marinero, los boteros que allí estacionan, fumando su pipa, inquieten noticias del estado del enfermo. La respuesta es siempre la misma: ¡se muere! En la habitación contigua á la alcoba del pobre joven, los amigos íntimos, varios oficiales de los buques del consignatario, entre ellos el padre de Mary, desolado, los ojos húmedos, domada por el golpe su entereza de lobo de mar, acostumbrado á las tempestades.

De pronto se abre la puerta de la alcoba y aparece el padre del enfermo, demudado el semblante, los ojos llenos de lágrimas; movimiento unánime de ansiedad.

PADRE.—¡No, no, señores! Todavía vive, pero por desgracia es cuestión brevísima. (Buscando con la vista al padre de Mary, al que hace seña de que se acerque.) ¡Sr. Fernández, mi hijo pregunta anhelante por usted, le llama, quiere verle, hablarle antes de morir!.. ¡Yo le suplico que me siga!

FERNÁNDEZ (dominando su emoción).—¡Pues cuando usted guste, amigo mío!

PADRE.—¡Pronto! ¡Pronto! (Entran en la alcoba.)

En el hospital civil de Buenos Aires. Un hombre joven, de barba negra y tez curtida y pálida, en la demacración de cuyas facciones se adivina la recién pasada enfermedad; está sentado en la cama, oyendo ansiosamente á la enfermera de blanca toca.

ENFERMERA (cariñosamente).—Vaya, me dió usted palabra de permanecer sereno para recibir esa visita; pero como no la cumplió usted, se suprime.

ENFERMO.—Estoy tranquilo, hermana. ¡Véalo usted!

ENFERMERA.—Entonces... (Sale de la sala y á poco vuelve con dos personas más, un hombre maduro y del todo afeitado y una joven de sencillez tocado; ambos visten de negro. El enfermo los ve acercarse y se le desencajan los ojos.)

ENFERMO (trémulo).—¡Dios mío! ¿No sueño? ¿No estoy loco? ¡Es Mary, Mary con su padre!.. ¡Ellos! ¡Aquí! ¡Y vienen á verme! ¡A mí! ¡Imposible!

MARY (corriendo á la cama y hundiendo su rostro deshecho en llanto en el pecho del enfermo).—¡Agustín de mi alma!.. (Instantes solemnes de silencio en que sólo se oyen sollozos; los enfermos cercanos contemplan conmovidos la escena desde sus techos.)

ENFERMO.—¿Pero qué quiere decir esto?

FERNÁNDEZ.—Esto quiere decir que Dios ha permitido que se haga la luz; que D. Carlos, el hijo de nuestro armador, ha declarado al morir que tú y no él, como por amor ciego á Mary vino siempre afirmando, fuiste el que me salvó la vida en aquel naufragio en que los dos ibais de prácticos, y que en consecuencia ahí tienes á mi hija, que por serlo buena hará la dicha de ambos. ¡Conque á ponerte bueno y á España! (Ni una palabra en el grupo; sólo las lágrimas elocuentes.)

(Dibujo de Calderé.) ALFONSO PÉREZ NIEVA.

## BUENOS AIRES.—JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN EL «CASAL CATALÁ»



La reina de la fiesta y la Corte de Amor.—El Rdo. P. Marsal leyendo su poesía «Cant del Cristiá» premiada con la «Viola d'or»  
A la izquierda, parte del Jurado; á la derecha, el ministro de España, el Dr. Alcácer y los individuos de la junta del «Casal Catalá»

Hará poco más de un año que unos cuantos catalanes se agruparon para formar un «Centro de Cultura» que denominaron «Casal Catalá», bien convencidos de que sus comprovincianos responderían

Aleu y secretario D. R. Monner Sans. El gobierno cedió galantemente para el acto el Pabellón Argentino y la Banda de Policía, asistiendo á la fiesta el señor ministro de España, y en representación del

saron los aplausos á los autores premiados, cuyos nombres omitimos en gracia á la brevedad, no sin hacer constar, como excepción, que el premio de la Viola fué obtenido por otro jesuita, el P. Marsal,



Aspecto general del salón durante la celebración de los Juegos Florales. (De fotografías remitidas por D. R. Monner Sans.)

gustosos al llamamiento que les hicieran para dar á conocer en la Argentina la Cataluña artística é intelectual que, no ya España, Europa admira.

No se equivocaron los iniciadores, y durante el pasado invierno se representaron en catalán, en el vasto teatro Victoria, varias de las obras que más aplausos obtuvieron en Barcelona, llenándose cada vez aquel coliseo.

Después la Junta Directiva ideó la celebración de unos Juegos Florales, y aunque era breve el plazo para poderlos realizar antes de que con los calores viniera el desbande, se confeccionó el cartel, en el que se ofrecían veintidós premios, se nombró el Jurado y se anunció la fiesta para el 8 del actual.

Fué nombrado mantenedor el Dr. D. Carlos Malagarriga, presidente del Jurado el Dr. D. Antonio

Gobierno Nacional el subsecretario del Ministerio del Interior Dr. D. Pedro S. Alcácer.

A la hora anunciada, más de dos mil personas se habían reunido en el amplio salón del Pabellón Argentino, y después del discurso del mantenedor y del pronunciado por el secretario, se procedió á la apertura del pliego que contenía el nombre del poeta premiado con la flor natural, resultando ser el jesuita P. Puigsech, el cual había delegado en el Sr. Monner Sans la facultad de nombrar la Reina de la Fiesta. Dicho señor recogió la flor de manos del laureado vate y fué á entregarla á la hermosa señorita Pilar Aleu, quien del brazo de dicho caballero, y seguida de ocho señoritas que formaban su Corte de Amor, fué á ocupar el artístico trono levantado al efecto.

Desde este acto hasta las siete de la tarde no ce-

valenciano. Los premios del *Diario Español* fueron logrados, el del Canto á España, en catalán, por el Dr. Martín Dedeu, y el del Canto á Cataluña, en castellano, por D. Fernando Serrat y Wheyler.

Orgulloso puede estar el Casal Catalá del éxito obtenido por este primer ensayo de Juegos Florales á usanza barcelonesa, y en especial su activo y entusiasta presidente Sr. Lleonart, pues la fiesta ha demostrado que hay en la Argentina meritisimos cultores de las letras catalanas; que así los dos discursos de apertura como el de clausura del presidente del Jurado declararon que el amor á la región no es parte á ahogar el amor á la patria española, y que no sólo los catalanes, sino los españoles y aun muchos argentinos, aplaudieron con entusiasmo la celebración de tan poética fiesta.



Impaciencia, cuadro de Federico de Uhde



El gastrónomo, cuadro de Claus Meyer



El cuarto de la abuela, cuadro de Fernando Ruszczye

## LA CATASTROFE DE CALABRIA Y DE SICILIA

En el número anterior describimos á grandes rasgos, pues el espacio de que disponíamos no nos permitía descender á pormenores, la espantosa catástrofe de Sicilia y Calabria. Tampoco en el presente podemos detenernos en estas descripciones: relatando episodios llenaríamos columnas y más columnas y no haríamos otra cosa que referir variantes sobre un mismo tema de horror y desolación espantosos; explicando los efectos del desastre no podríamos dar una idea tan exacta de su magnitud como la dan los grabados que publicamos.

Preferimos, pues, destinar el sitio que la información gráfica nos deja á reproducir algunos párrafos de un artículo hermosísimo que la eminente escritora italiana Matilde Serao ha enviado á *Le Figaro*, de París, desde Nápoles, refiriendo la llegada á aquella ciudad de los sobrevivientes de Mesina, Reggio y demás poblaciones destruidas.

Después de una brillante evocación de las ciudades de Mesina y Reggio, recordando cómo eran antes de la catástrofe, escribe:

«Ahora, vayamos á recibir á los mesineses y á los calabreses que vienen de aquellas tierras, vayamos á nuestro arsenal adonde cada seis horas llegan los buques que vienen de Sicilia, los buques llenos de moribundos, de heridos, de enfermos, de fugitivos. El vasto arsenal está lleno de gente que espera; pero reina en él un silencio profundo. En el pecho de las damas de la aristocracia, en los brazos de las hermanas de la Caridad, en los de los hombres, vense aquí y allí las cruces rojas sobre fondo blanco, las cruces azules, las cruces verdes; pero la cruz que penetra punzante está en el fondo del corazón de todos que sangra y permanece callado. Delante de toda aquella gente, en el muelle, cerca del desembarcadero hay una triple fila de parihuelas. Llega el primer barco; descienden de él los primeros heridos conducidos por los marineros rusos del *Almirante Makaroff*, y un gran estremecimiento de tristeza, un gran gemido sale de la multitud, en el arsenal de Nápoles, en un día resplandeciente de sol, bajo un cielo de un azul incomparable. Y las mujeres palidecen inclinándose suavemente sobre las parihuelas, y sus ojos están llenos de lágrimas que ellas quisieran contener y que caen sobre los rostros de los heridos, y los hombres, aun aquellos que han vivido y sufrido, los hombres de ciencia, permanecen consternados y se muerden los labios para ocultar su emoción, para evitar que tiemblen sus manos...

»Ya está aquí la multitud de fugitivos que desembarcan lívidos, con la mirada vaga, temblorosas las piernas, la multitud vestida con chaquetones de marinero, la multitud envuelta

en mantas, una multitud ó extrañamente gemebunda, con palabras vagas é incoherentes, ó muda y atontada; y en vano esa multitud se ve acosada, abrazada, consolada por nosotros

un amigo, un conocido de Reggio, de Mesina, de Palmi, de Bagnara, cada uno de nosotros tiene uno, dos, cinco, y les da casa, cama y comida. Y los que no los tienen van á las casas



Mesina.—Ruinas del edificio en donde estaban instalados los consulados de Chile y de México. (De fotografía de M. Branger.)

que temblamos de piedad, pues continúa lamentándose en palabras incomprensibles y sin coherencia, ó guardando silencio, descorazonada, abatida, sumida en la estupidez.

»Desde hace ocho días succédense mañana y tarde esos desembarcos; de buques italianos, franceses, ingleses, alemanes han bajado á tierra heridos; han bajado mujeres cubiertas de harapos y descalzas, hombres de mirar extraviado y ojos turbios, y también niños perdidos, encontrados y perdidos de nuevo; y entre todas esas personas, algunas que ya no pueden ser consoladas, otras que están petrificadas como Niobe...

»¡Qué hermoso arco iris, palpitante como una tela de seda, se extiende sobre Nápoles en estos admirables días de invierno, y cómo refulge todo en la ciudad, bajo el cielo que hace tibio el aire que en ella se respira! Pero ¿quién hace caso de tanta belleza y de tanta dulzura?

»Estos días son días de fiesta para todos, fin de año, Año Nuevo, la Epifanía; pero ¿quién piensa en hacer fiestas, en regalar flores y bombones á las señoras y juguetes á los niños? Las tiendas cerradas del todo ó á medias ostentan un cartel que dice *Duelo nacional*; sólo están abiertas las que venden telas, mantas, medicinas, comestibles; las oficinas públicas están cerradas; la Bolsa está cerrada, los teatros han suspendido sus funciones, las banderas están á media asta. ¡Tenemos tantos heridos! ¡Tenemos tantos fugitivos! A nuestros grandes y excelentes hospitales se han añadido todas las clínicas de cirugía, todas las casas de salud, todos los dispensarios; y hay hospitales en los conventos, en el antiguo manicomio y en toda la planta baja del palacio real de Nápoles. Todos los cirujanos, todos los médicos, todos los internos se han movilizado; por caridad cristiana, nuestras damas católicas pasan el día asistiendo á los heridos, y las gentes menos católicas hacen lo mismo. De todas partes llegan más enfermeras, y á las puertas de esos hospitales hacen cola durante días enteros los fugitivos sanos y salvos.

»Tenemos tanta gente que ha huído de Sicilia y de Calabria!

»El rey tiene fugitivos en su palacio; el cardenal arzobispo, en su seminario; el Ayuntamiento, en todos sus asilos y en todas sus escuelas, dondequiera que ha podido instalarlos; la Santa Casa de Expósitos los tiene porque ha acogido á todos los niños; grandes y pequeños, todos los tenemos: un pariente, un amigo, un conocido de Reggio, de Mesina, de Palmi, de Bagnara, cada uno de nosotros tiene uno, dos, cinco, y les da casa, cama y comida. Y los que no los tienen van á las casas



Mesina.—Sobrevivientes de la catástrofe en la estación del ferrocarril. (De fotografía de Menasci-Dubois, comunicada por Carlos Trampus.)



de otros á visitarlos, á socorrerlos y á consolarlos, y á los asilos, á los hospicios, á los refugios, á llevarles ropas, alimentos, mantas.

»En ninguna de nuestras casas ha quedado una sola sábana vieja; á ninguno de nuestros hijos un par de botas ó de zapatos viejos; cada uno de nosotros ha renunciado á un placer, á una fiesta, á un gasto superfluo, á una necesidad, y ha dado y sigue dando todavía lo que tiene, porque el pueblo napolitano es, como siempre, generoso, y el pobre da, como el rico, lo que puede: una moneda de diez céntimos, una camisa vieja ó un pedazo de pan. Inmensa es la caridad de todos vosotros, extranjeros y sin embargo hermanos nuestros; inmensa es la caridad italiana; pero infinitas, absolutas, son la miseria, el dolor de ese pueblo de heridos, de desterrados que ya no tienen casa, ni hogar, ni pan, ni vestidos, muchos de los cuales han perdido un padre, un esposo, un hijo, y que inclinan la cabeza llorando, avergonzados de no poder poner una señal de luto en las prendas de vestir que la caridad les ha dado.»



Mesina.—Ruinas de la Prefectura. (De fotografía de M. Branger.)

Sobrevivientes de la catástrofe esperando en los muelles su embarque para Nápoles. (De fotografía de J. Theodoresco.)

Ruinas del Hotel de Francia y de la calle del 1.º de Septiembre. (De fotografía de M. Branger.)

# LOS TERREMOTOS DE SICILIA Y CALABRIA



1. Mesina. Ruinas de la catedral. — 2. Marineros del acorazado ruso «Makaroff» transportando heridos. — 3. Nápoles. Conducción de los primeros heridos al Arsenal. — 4. Ruinas de la Puerta Mesina. (De fotografías de Menasci-Dubois, comunicada por Carlos Trampus, Carlos Delius, y Carlos Abeniacar.)



LOS TERREMOTOS DE SICILIA Y CALABRIA



1. Mesina. Ruinas de la Pallazatta, en la que se alzaban muchos palacios magníficos.—2. Ruinas de Reggio.—3. Vista de los muelles con las ruinas de la Pallazatta. (De fotografías de R. Fiorilli, Carlos Delius y Argus Photo Reportage.)

FLORES DE MAYO, CUADRO DE PEDRO SÁENZ

(Véase el grabado de la página 57.)

Varias veces y gracias á la galantería del inteligente artista Sr. Sáenz hemos podido reproducir en las páginas de esta Revista varias de sus obras, algunas de las cuales tenían el privilegio de merecer el aplauso de los inteligentes y obtener recompensas en varias exposiciones. A estas últimas corresponde la que reproducimos, recomendable por todos conceptos, que atestigua las aptitudes y condiciones de su autor.

TRONCO DE ÁRBOL FÓSIL  
CONVERTIDO EN ÁGATA

El multimillonario norteamericano Mr. Pierpont-Morgán, que hace poco tiempo regaló al Museo de Historia Natural de París una reproducción del famoso diplodocus, ha hecho estos últimos días al propio museo un presente verdaderamente regio, un tronco de árbol fósil convertido en ágata por la acción, ejercida durante siglos y siglos, de las aguas petrificantes.

La transformación de ese árbol en piedra la explican los sabios del siguiente modo: hace millares de años, bosques inmensos situados al Sur de Holbrook, en el Estado de Arizona (Estados Unidos), quedaron sumergidos debajo de grandes lagos, cuyas aguas silíceas modificaron las fibras leñosas de los vegetales, substituyéndolas, átomo por átomo, con otras fibras de ágata multicolor y de cuarzo.

El tronco ofrecido por Mr. Pierpont-Morgán al Museo de Historia Natural de París es el más hermoso ejemplar, de los hasta ahora conocidos, de aquel bosque mineralizado. Constituye un gran bloque de 2.500 kilogramos de peso, 1'05 metros de alto y un metro de ancho en su diámetro mayor. A pesar de que previamente el ágata había sido despojada de su ganga, su peso es tal que rompió tres vagones del ferrocarril en donde había sido cargada.

La superficie del fósil ha sido pulimentada en Sioux-Falls (Estado de Dakota), con el cuidado y la destreza de los mejores lapidarios, por los canteros de Mr. Pierpont-Morgán, quienes han logrado conservar los reflejos cambiantes del ágata y sus hermosos colores, que varían del rojo vivo al gris azulado y al verde.

El tronco es actualmente una piedra preciosa de colosal tamaño de un valor inapreciable, y se halla ya instalado en una de las salas de mineralogía del citado museo, en donde es objeto de la admiración de los hombres de ciencia y del público en general.

MISCELÁNEA

**Espectáculos.**—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo *L'assalto al mulino*, drama lírico en cuatro actos tomado de la novela del mismo título de Emilio Zola por Luis Gallet, música del maestro Alfredo Bruneau, en cuya ejecución se distinguieron las Sras. Longari-Ponzone y Pozzi, y los Sres. Schiavazzi y Blanchart; en el Principal *Desglés*, traducción catalana de la comedia francesa *L'écarrivé*, de Enrique Bordeaux; y *Els hipòcrites*, comedia inglesa en cuatro actos de Enrique Arturo Jones, traducida al catalán por Alejandro P. Maristany y Salvador Vilaregut, y para la

originales una y otra del malogrado escritor Eduardo Coca; en el Eldorado *Mi cara mitad*, moraleja cómica en dos actos de Miguel Ramos Carrión; y en el teatro Granvía *La mujer de Boliche*, zarzuela cómica en un acto y dos cuadros, letra del Sr. Fernández Lapuente, música del maestro Vives.

gran éxito las obras maestras del arte teatral. Dicho señor dió también representaciones al aire libre en Luchón y en Carcasona, en las murallas de la ciudad antigua, siendo su obra muy conocida en el Languedoc y en Francia entera.

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Engañar con la verdad*, comedia en un acto de Manuel Linares Rivas; en la Zarzuela *Las calderas de Pedro Botero*, fantasía cómica-infernal en un acto, letra de Sinesio Delgado, música del maestro Chapí; y *El castillo*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de Miguel Echegaray, música de los maestros Nieto y Ortells, y en Apolo *El árbol de Bertoldo*, juguete cómico-lírico en un acto, letra de Jackson Veyan, música del maestro Calleja.

PARÍS.—Se ha estrenado con buen éxito en el teatro des Arts *La tour du silence*, drama en tres actos de Luis Collijn.

**Bellas Artes.**—BARCELONA.—*Salón París.*—El eminente pintor Santiago Rusiñol ha expuesto últimamente una colección de cuadros, todos, menos uno, paisajes, en los cuales se refleja la personalidad especial de ese artista que siente la naturaleza con alma de poeta, que sabe escoger los temas que mejor se adaptan á su temperamento y que, al trasladarlos al lienzo, lo hace sin vacilaciones, seguro de su visión y de su sentimiento y encontrando siempre en su paleta la nota y el matiz justos para expresar la realidad que tan bien ha visto y tan admirablemente ha sentido. Entre los cuadros expuestos, todos notabilísimos, merecen especial mención *La vall*, *Montanya en vers*, *Primavera*, *Jardí del mar*, *La font d'Apol*, *Escala de Raixa* y *Porta senyorial*.

**Necrología.**—Han fallecido: El cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos, uno de los más ilustres prelados franceses. El conde de Muraviev, diplomático ruso, embajador de Rusia en Roma. F. A. Gevaert, eminente músico belga, director del Conservatorio de Música de Bruselas.



Mrs. Taft, esposa del actual presidente de la República de los Estados Unidos. (De fotografía de C. Delius.)

En las últimas representaciones de la ópera de Wágner *Tannhäuser*, los eminentes artistas Sres. Vinyas y Blanchart han cantado en catalán, con gran aplauso, algunos fragmentos de la misma, según la bellísima traducción hecha por los Sres. Pena y Zanne y editada por la «Asociación Wagneriana.»

*Palau de la Música Catalana.*—Organizado por la Academia Ainaud, se ha dado un concierto á beneficio de la Real Asociación española á favor de los ciegos, habiéndose ejecutado en él el *Quinteto en fa menor* de César Frank, el *Trio en si bemol* de Beethoven y el *Cuarteto en mi bemol* de Schumann, que fueron perfectamente interpretados por los señores Ainaud (violín), Brossa (violín), Estera (viola), Brandía (violoncelo) y Viñas (piano).

*Teatro de la Naturaleza.*—Pronto tendrá Barcelona un «Teatro de la Naturaleza.» El doctor Charry, que formaba parte de la delegación tolosana en su reciente visita, tuvo la idea de organizar una función de esta índole en el Parque Güell, con el asentimiento de su propietario, quien encargó al arquitecto señor Gaudí el establecimiento de los planos del escenario, para dar allí en la primavera próxima una gran representación al aire libre. La obra escogida es el *Edipo Rey*, con el concurso de Mounet Sully, de la Comedia Francesa, y con éste vendrán otros artistas de los principales teatros de París.

El doctor Charry, iniciador y organizador de dicho plan, es director del «Teatro de la Naturaleza» en Tolosa, donde el año pasado, lo mismo que en 1907, fueron representadas con



Tronco de árbol petrificado y transformado en ágata, regalado al Museo de Historia Natural de París por el multimillonario norteamericano Mr. Pierpont-Morgán. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

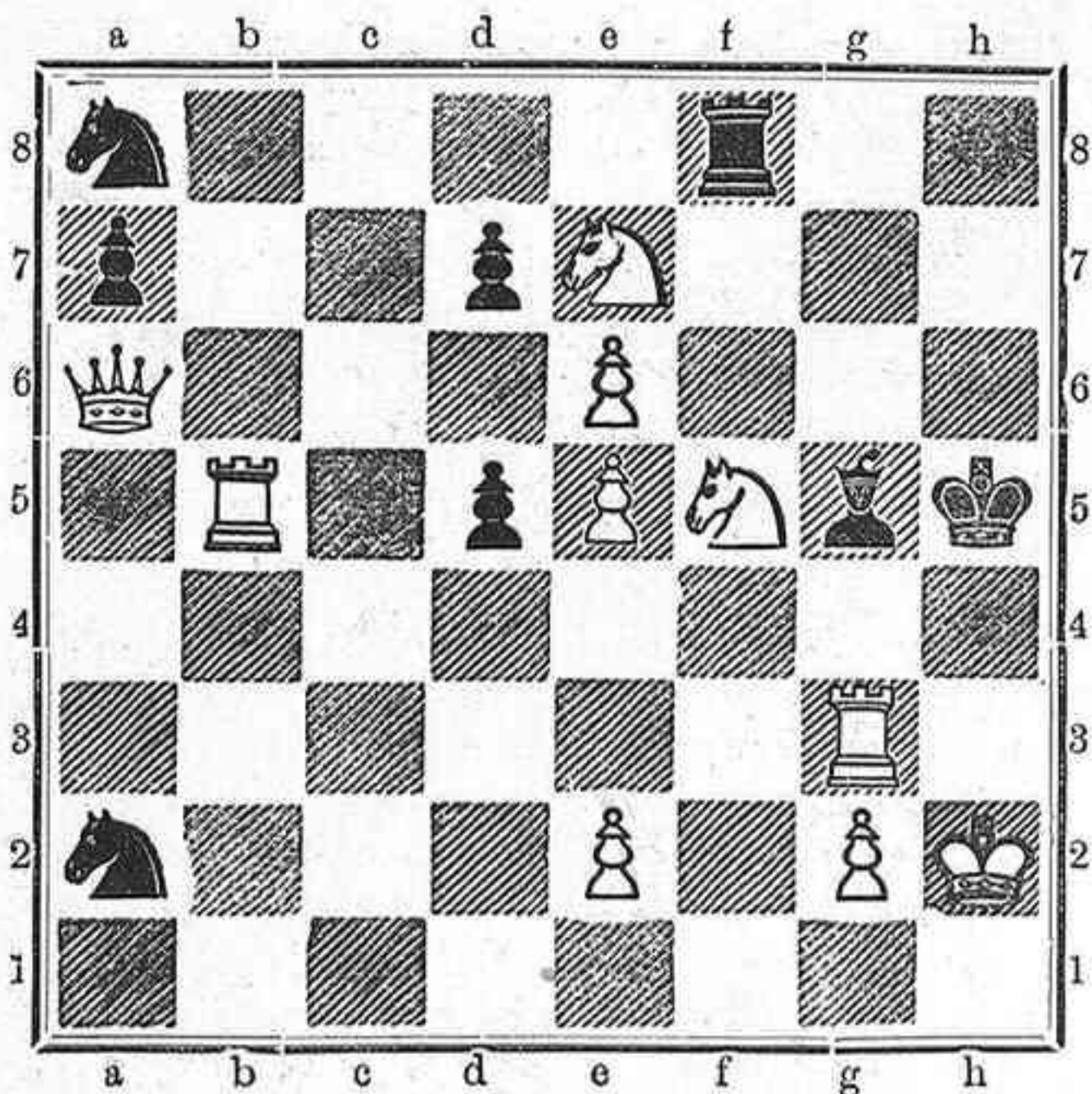
cual han pintado bellas decoraciones los Sres. Brunet, Ponsy Gracia; en Novedades *Casall*, monólogo en un acto, y *El gran detective Olmez*, comedia en dos actos y cinco cuadros,

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 511, POR V. MARÍN

1.º premio *ex-aequo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1905.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 510, POR V. MARÍN

- |                           |                 |
|---------------------------|-----------------|
| Blancas.                  | Negras.         |
| 1. Dh1-c6                 | 1. b7xc6        |
| 2. Cb5-a3                 | 2. b4xa3 ú otra |
| 3. Tb2-b8 ó b3 ó a2 mate. |                 |

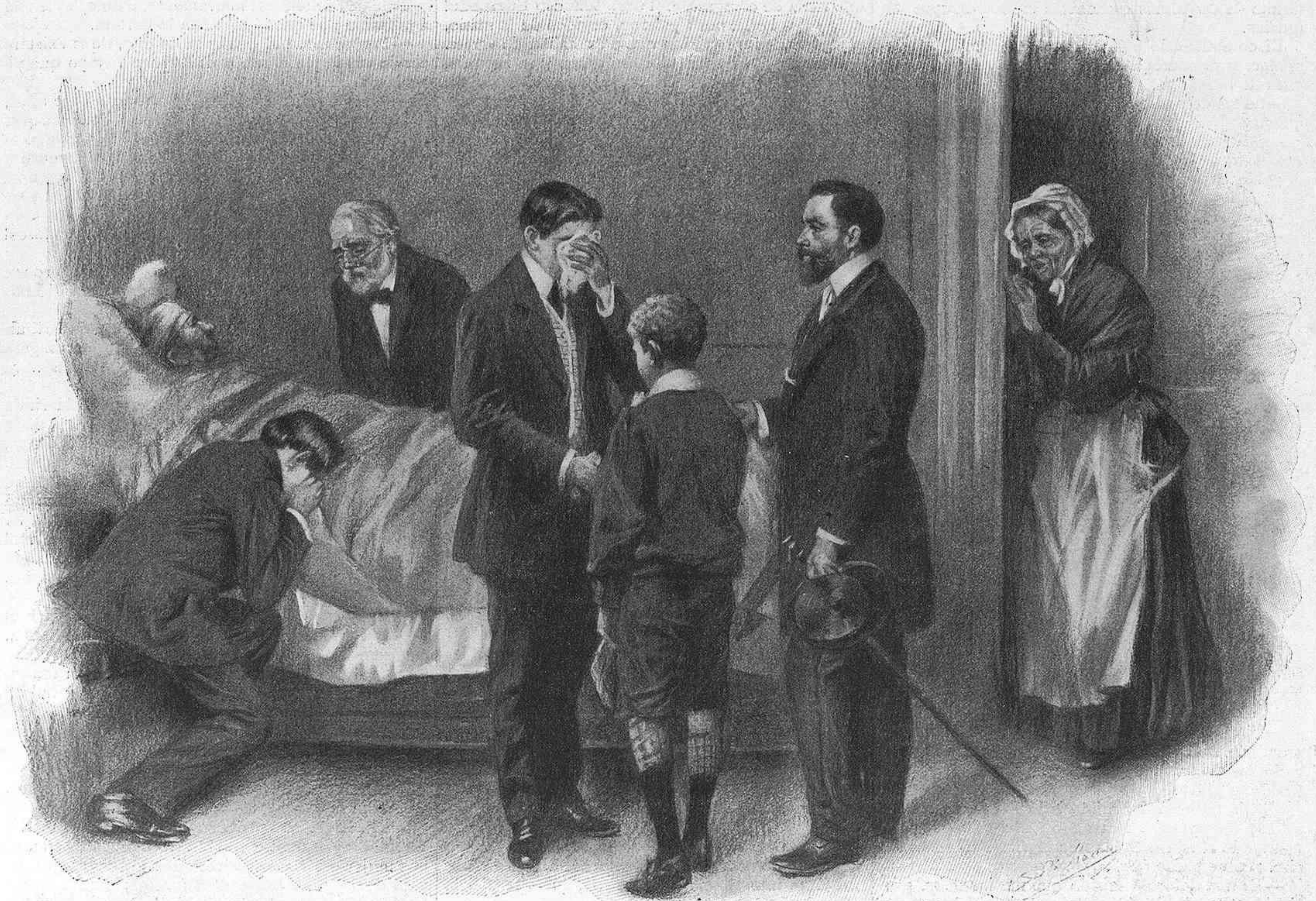
VARIANTES.

- 1.... e2-e1 (D); 2. Dc6-c1, etc.  
d3-d2; 2. Tb2xb4 jaq., etc.  
Otra jug.ª; 2. Tb2xb4 jaq. ó Dc6-c1, etc.

## LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Edmundo, profundamente conmovido, estrechó la mano al niño

El doctor hizo otro movimiento de cabeza, acompañado de un gesto poco tranquilizador.

—¿Por supuesto, que no puedo interrogarlo?, preguntó el comisario.

—Guárdese bien de hacerlo, recomendó el doctor. Bien que no le podría contestar.

—Voy á hacerle transportar á su casa y me adelantaré á prevenir á su familia. Ruego á usted, doctor, que permanezca al lado de ese hombre y lo acompañe... Tiene su domicilio ahí cerca, en la calle de las Abadesas.

Después de haber dado sus órdenes á los agentes de policía, que tuvieron que buscar una camilla, el comisario se fué á la dirección encontrada en el bolsillo del desesperado.

—¿No vive aquí el Sr. de Favreuse?, preguntó á la portera:

—Sí, señor comisario, contestó la guardiana de la casa, que reconoció en seguida al magistrado del barrio. Pero salió hará cosa de una hora.

—Ya lo sé. ¿Quién es ese hombre?

—Un excelente sujeto, señor comisario; un hombre muy digno..., pero muy desgraciado, á pesar de todos sus esfuerzos para salir de apuros; pero ¿qué quiere usted?, hay personas á quienes persigue la mala suerte.

—¿De modo que es desgraciado?

—A duras penas llega á cubrir sus necesidades, dijo la portera; no necesito que me lo digan para verlo. Porque el Sr. de Favreuse es hombre que ha bla poco.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¿Es casado?, preguntó el comisario.

—Sí, señor, pero no vive con su mujer. Habita aquí con sus dos hijos, dos jóvenes de veinte años, el señorito Edmundo y el señorito Luciano.

—¿Están en su casa en este momento?

—Sí, están... Tercer piso, puerta de la izquierda. ¿Pero qué pasa, señor comisario?, preguntó la portera llena de curiosidad y de aprensión.

—El Sr. de Favreuse ha intentado matarse, contestó el comisario.

—¡Ay, Dios mío!., exclamó la buena mujer. Por eso le he encontrado yo un aire así, tan extraño, esta mañana... ¡Sí, sí, ponía una cara!.. Pero tiene el pobre tan pocos motivos de estar alegre, que yo estaba acostumbrada á verle triste. Mas el caso es que me pareció aún más triste que de ordinario.

—¿Habló con usted al salir?

—No; saludó con la cabeza, al pasar por delante de la portería, como de costumbre. Pero no ha muerto, ¿verdad?, preguntó la portera.

—No, pero dice el doctor que está perdido. Subo á prevenir á sus hijos. Espérese usted aquí, pues no tardarán en traerlo.

La portera hubiese preguntado aún muchas cosas; pero en el momento en que el comisario se disponía á salir de la portería, se presentó el cartero con la correspondencia, y sacando su libreta de certificados con una carta cerrada con cinco sellos de lacre encarnado, dijo á la portera:

—Para Mr. Edmundo de Favreuse.

—Tercer piso, á mano izquierda, indicó la portera, que añadió luego dirigiéndose al comisario: Es para el hijo.

El magistrado dejó subir al cartero delante y llegaron juntos á la puerta del piso.

El mismo Edmundo abrió.

Pareció tan sorprendido de la recepción de aquella carta certificada en cuyo sobre se leía *Valor de clarado dos mil francos*, que no se le ocurrió mirar en el cuaderno del cartero el nombre del remitente. Pensó que lo sabría al leer la carta.

Esto había durado menos de un minuto, y el comisario, que había permanecido un poco apartado, se presentó entonces.

—¿El Sr. de Favreuse?., dijo.

—Servidor, contestó el joven metiéndose la carta en el bolsillo.

—Soy el comisario de policía del barrio y vengo á dar á usted una mala noticia.

«¡Mi madre!.,» —pensó inmediatamente el joven con viva aprensión.

Y retrocediendo dos pasos en el estrecho vestíbulo, dijo en un tono de voz que revelaba su angustia:

—Sírvase usted pasar.

Luciano se presentó á su vez, después de haber oído las palabras del representante de la justicia.

—Mi hermano, dijo Edmundo para indicar que lo mismo podían hablar delante del uno que delante del otro.

Al comisario le asombró el extraordinario parecido de los dos hermanos: Edmundo y Luciano, conforme el Sr. Laroche había dicho á su hija, eran gemelos, y la semejanza entre ellos era tan completa, que sus padres no habían estado seguros, en un momento dado, de no confundirlos, llamando Luciano á Edmundo y viceversa. Luego habían adquirido la costumbre de vestir á los dos niños con trajes diferentes. Fueron éstos creciendo y el prodigioso parecido subsistió en todo, hasta en las menores modu-

laciones de la voz, en la risa, en la estatura, en el color del cabello y del bigote naciente que sombrea a su labio.

La única semejanza — apenas perceptible — consistía en las manifestaciones exteriores del ser revelando la diferencia de las almas: en los gestos, en la actitud, en la letra. Edmundo era, en lo moral, la fiel imagen de su padre, mientras que Luciano era el retrato de su madre. Sólo un psicólogo, profundo observador, hubiera podido notar aquel contraste íntimo de dos almas contenidas en dos cuerpos tan iguales.

El comisario de policía entró en el modesto comedor, cuya puerta acababa de abrir Luciano, y después de buscar sus expresiones, dijo gravemente:

— Su señor padre acaba de ser víctima de un accidente.

— ¡Mi padre!, exclamó Edmundo en una súbita explosión de dolor.

— Un grave accidente, añadió el comisario.

— ¡Muerto!..

— No, el Sr. de Favreuse no ha muerto.

— ¡Oh, caballero, díganos usted la verdad!, imploró el joven.

— Les aseguro á ustedes que su padre no ha muerto, repitió el magistrado.

— ¿Qué le ha ocurrido?, preguntó Luciano.

— El Sr. de Favreuse tenía grandes disgustos, ¿no es cierto?

Edmundo se puso colorado.

— Sí, señor, confesó en voz baja. Nuestro padre ha tenido grandes desgracias y grandes penas en su vida... Entonces...

— ¿Padece una enfermedad grave?, preguntó el comisario.

— Una enfermedad del corazón que se ha agravado de unos cuantos meses á esta parte y le impedía dedicarse á sus ocupaciones habituales, pues le está prohibida la menor fatiga.

— ¿No les ha parecido alguna vez que su padre deseaba la muerte para acabar de sufrir?

Estas palabras fueron una revelación para Edmundo de Favreuse.

— ¿Mi padre se ha suicidado?.., preguntó con voz sacudida por las más crueles angustias. ¡Ha muerto!

— No, afirmó el comisario. No ha muerto. Intentó matarse.

— ¿Se lo han impedido!

— Desgraciadamente no se ha podido desviar el arma con la cual se ha herido, pero se le han prodigado los cuidados más asiduos... Por desgracia, la herida es grave.

— ¡Oh, pobre padre mío!, gimió Edmundo con un sollozo desgarrador, atrayendo á sí á su hermano y ocultando el rostro bañado en lágrimas sobre su pecho. ¡Pobre padre mío!..

— Es una dolorosa misión que me incumbe, prosiguió el comisario de policía, emocionado ante el espectáculo de aquel lastimoso dolor. ¡Es preciso tener valor, muchachos!..

Luciano lloraba también sosteniendo á su hermano, pero su dolor era ciertamente menos profundo que el de Edmundo.

Educado lejos de su padre, le había conocido menos y amado menos quizá, absorbido en su afición por su madre, que le había querido exclusivamente para ella. Sólo hacía algunos meses que estaba con su padre y su hermano.

El comisario de policía oyó ruido en el exterior. Oyó el movimiento del gentío en la calle y numerosos pasos en la escalera de la casa.

— Sí, hay que tener fortaleza, añadió con una compasiva benevolencia, porque llegó el momento en que van ustedes á tener necesidad de todo su afecto para cuidar de su desgraciado padre...

Esto dicho, abrió la puerta del piso.

La portera precedía á los hombres de la camilla para indicarles el camino.

— ¡Padre mío, padre mío!.., gritó Edmundo precipitándose al encuentro del triste convoy.

Luciano le siguió.

Para subir la escalera se había tenido que sacar al Sr. de Favreuse de la camilla, y dos hombres vigorosos lo llevaban en brazos, mientras que el doctor sostenía su cabeza colgante, cuyo rostro lívido y cuello envuelto en un vendaje ensangrentado causaban una penosa impresión.

Perdido en medio de las personas allí aglomeradas y de los agentes de orden público, seguía Pablito, que había querido acompañar al infeliz socorrido por él, y los agentes le habían dejado hacer, porque se le podía necesitar para el parte que había que entender.

La señora Landry y Rosita le acompañaban.

El comisario de policía detuvo á Edmundo, que iba á precipitarse, loco de pena, sobre el inanimado

cuerpo de su padre, y trató de reconfortarle con algunas palabras de consuelo.

— ¡Mi padre ha muerto!, gimió sollozando.

— No, le aseguro á usted que vive, le dijo el magistrado.

— Ha vuelto á desmayarse, añadió el médico.

La portera, que conocía el piso, abrió la puerta del cuarto del Sr. de Favreuse.

— ¡Por aquí!.., indicó á los hombres que llevaban al herido. ¡Dios mío...!, esos pobres muchachos!.., dijo llena de compasión. ¡Pobre señorito Edmundo!

Los dos hermanos siguieron, cogidos de la mano, enjugándose las lágrimas que no cesaban de verter.

Colocaron al herido sobre su cama, y en seguida, afluendo la sangre al cerebro, se dispuso el desmayo.

El médico se había instalado á la cabecera, observando los movimientos del rostro del Sr. de Favreuse.

Edmundo y Luciano, cerca de él, mudos, sin atreverse ya á pronunciar una palabra, luchando entre una débil esperanza y los temores más terribles, contenían su dolor, y sus miradas, á través de las lágrimas, iban alternativamente de su padre al doctor.

El comisario de policía y los agentes hicieron retirar á todo el mundo. Sólo quedaron en el piso la portera, la señora Landry, Rosita y Pablo.

El Sr. de Favreuse habría recobrado el conocimiento.

Sus ojos buscaron un instante en torno de él, como si tratase de darse cuenta de lo que ocurría, y sus miradas encontraron á sus hijos.

Levantó débilmente la mano, que Edmundo se apresuró á coger, sin fuerza para pronunciar una palabra.

El herido entreabrió los labios é hizo un esfuerzo para hablar sin conseguirlo.

Pintábase en su rostro un sufrimiento terrible.

El doctor cogió un frasco que contenía un cordial que ya había administrado y vertió unas cuantas gotas entre los labios del Sr. de Favreuse.

Luego escribió rápidamente algunas líneas en el respaldo de una de sus tarjetas, y rogó á uno de los agentes de orden público que fuese á la farmacia en busca de los medicamentos indicados.

El comisario de policía necesitaba conocer las causas de aquel acto de desesperación, no sólo para consignarlo en su parte, sino para hacer lo que la humanidad exigiese en interés de aquella familia cruelmente perseguida por la desgracia.

No quería avivar el dolor de los dos jóvenes sometidos á un interrogatorio. Por otra parte, le hubiera faltado valor para alejarlos de la cabecera de su padre.

Pero pensó que podría dirigirse á la portera, que parecía muy al corriente de su vida, y antes, viendo al muchacho que había socorrido al Sr. de Favreuse con tanta inteligencia y sangre fría, quiso felicitarlo antes de despedirlo.

Dándole paternalmente una palmadita en la mejilla, le dijo:

— Te has portado como un hombrecito, y es á ti sin duda, como ha dicho el doctor, á quien esos señores pueden agradecer el haber vuelto á ver á su padre vivo.

Pablo se ruborizó tímidamente al oírse elogiar.

Los hijos del Sr. de Favreuse, que habían oído, se volvieron.

— ¡Este niño!.., dijo Luciano.

— Se encuentra al lado de su padre de ustedes en el momento en que se pegó el tiro, refirió el comisario, y con tanta abnegación como presencia de espíritu acudió á socorrerlo, y contuvo, aplicando su pañuelo sobre la herida, la hemorragia, que hubiera determinado indudablemente una catástrofe inmediata.

Edmundo, profundamente conmovido, estrechó la mano al niño, á quien atrajo contra su pecho.

— ¡Gracias!, le dijo con voz quebrantada. ¡Gracias!

E incapaz de articular una palabra más, pues parecía que la voz no podía pasar por su garganta dolorosamente apretada, se inclinó y besó al niño con tierna gratitud.

Luciano también le estrechó la mano y balbuceó algunas palabras de agradecimiento.

— Si lo que hice puede salvar á su padre, dijo confuso el muchacho, me alegraré infinito.

— Ven, amiguito, dijo el comisario.

— Sepamos al menos su nombre, preguntó Edmundo. ¿Cómo te llamas?

— Pablo... contestó el sobrino de Bourasse.

— Pablo Galoux, completó la señora Landry. Es sobrino de un vecino nuestro, calle de Galande.

— No olvidaremos tu nombre, dijo Edmundo hablando en nombre de su hermano y en nombre propio, y si algún día nos lo permite Dios, te probaremos nuestra gratitud.

El comisario de policía condujo entonces á Pablo, lo mismo que á la señora de Landry y á Rosita, al comedor, donde les siguió la portera.

A instancias del magistrado, la madre de Rosita explicó detalladamente lo que había pasado, diciendo en virtud de qué circunstancias se encontraba en Montmartre con los dos niños, y el comisario apuntó los nombres que ella indicó, el suyo, el de Pablito y el de su tío Bourasse, carbonero en la calle de Galande.

Después de felicitar nuevamente al niño, les invitó á retirarse y se quedó solo con la portera.

— Parece usted al corriente, le dijo, de la existencia de sus inquilinos. Sin duda hace tiempo que viven aquí.

— ¡Oh! Sí, señor comisario, pronto hará siete años, si mal no recuerdo... pero estoy al corriente porque, durante todo ese tiempo, he tenido á mi cuidado el arreglo y limpieza del piso del Sr. de Favreuse y naturalmente, al cabo de tantos años, concluye una, por saber muchas cosas, sobre todo cuando esos señores, y principalmente el señorito Edmundo, eran muy afables conmigo... ¡Oh, no son nada orgullosos!

— ¿Cómo se llama usted?

— Paulina Lamasson, contestó la portera; pero me llaman siempre señora Claudia, porque mi difunto marido se llamaba Claudio.

— ¿A qué causa piensa usted que se pueda atribuir el acto de desesperación del Sr. Favreuse?.., preguntó el comisario. ¿A la enfermedad que sufría?.., ¿á pérdidas de dinero?.., ¿ó á qué otra causa?..

— Seguramente un poco á todo eso, dijo la viuda Lamasson; pero debe ser sobre todo á causa de la miseria, porque pasaban grandes apuros, como ya he dicho. Hay también la enfermedad, sobre todo desde que el Sr. de Favreuse recibió la visita de su mujer, de la cual está separado, y volvió á tomar á Luciano con él... ¡Ah! Desde aquel día, el pobre ha cambiado á ojos vistos, su dolencia ha ido de mal en peor, y cuando uno es pobre y sufre alguna enfermedad por añadidura, hay para cobrarle asco á la vida.

— ¿Quizás hubo grandes disonancias entre el Sr. de Favreuse y su esposa... escenas penosas... amarguras?

— ¡Oh! Sí, señor comisario, contestó la portera cerrando la puerta del corredor, á fin de poder hablar mejor á sus anchas. Aun cuando no fuese más que el día en que ella vino... ¡Hubo un altercado que hizo mucho daño al Sr. de Favreuse!

— ¿Qué pasó?

— Los esposos vivían separados desde hacía años, separados por la ley, había habido una sentencia del tribunal. El padre se había quedado con el señorito Edmundo y la madre con el otro hijo. Pero ella, es una mujer que ha derrochado una fortuna; según he oído decir, es la causa de su ruina; porque antes estaban riquísimos... ¡Son nobles!.. Imagínese usted la pena de ese pobre hombre que ha visto desaparecer todo cuanto poseía á causa de las locuras de esa mujer!.. Le embargaron y vendieron todo el mobiliario en la casa que habitaba antes de venir aquí. Daba lástima ver llegar á ese hombre tan distinguido con las manos en la cabeza... ¡Daba verdadera lástima!

— ¿Antes de ese altercado á que usted se refiere, preguntó el comisario, el Sr. de Favreuse no había vuelto á ver á su mujer?

— ¡Nunca!.. ¡Oh, nunca!, declaró enérgicamente la portera, había sufrido demasiado á causa de ella... Y, sin embargo, á pesar de todo, nunca profería una palabra dura ó despreciativa para ella en presencia de su hijo. Quería que el señorito Edmundo viviese ajeno á esos disonancias, á fin de que nada debilitase el respeto y el afecto que debía á su madre... ¡Pero cuántas veces le sorprendí llorando al ver lo que pasaba! ¡Oh! Esa mujer, señor comisario, ¡cuánto daño ha hecho!.. Ella es la causa de todo.

» Desde su separación, refirió la señora Claudia, había tenido el señorito Luciano con ella. Los dos muchachos estaban en el colegio, y el Sr. de Favreuse pagaba por ambos. El pobre hombre se mataba trabajando, sin lograr salir de apuros. Se comprende, con tantos gastos... sin contar los acreedores que le acosaban. Además, cuando no se ha tenido la costumbre de trabajar en la juventud, como el Sr. de Favreuse, que había vivido de rentas, es más penoso cuando hay que ponerse á trabajar á la edad en que se debería descansar, sin contar con que es más difícil tocar buenos resultados... ¡Ah! El pobre ha hecho cuanto ha podido; puedo decirlo porque lo he visto!

» Mientras tanto, la señora de Favreuse continuaba llevando la gran vida, gastando todo el dinero que podía procurarse. Heredó una pequeña suma, que le duró muy poco tiempo. Después pidió prestado, y finalmente, cuando hubo agotado sus recur-

zos y su crédito, cuando vió que no le quedaba más que la pequeña pensión que su marido le enviaba todos los meses, privándose él de lo necesario, vino con su hijo Luciano. ¡Ay, qué golpe para ese pobre Sr. de Favreuse!.. Afortunadamente, el señorito Edmundo no se encontraba aquel día en casa... Esa mujer pretendía volver á la vida conyugal, y había venido con la intención de quedarse. El Sr. de Favreuse se enfadó mucho; le indignó tanta imprudencia, y con razón, porque ella misma había pedido la separación. El Sr. de Favreuse se contuvo porque el señorito Luciano estaba presente, y no dijo todo lo que pensaba delante de él; pero manifestó á su esposa que todo había concluído entre ambos y la despidió. Estoy segura que, de estar solo con ella, la hubiera arrojado de su casa.

»Quedóse con su hijo, eso sí. Le dijo á ella: «Luciano vivirá conmigo, pues yo me encargo de mis dos hijos, y éste ha sido ya demasiado tiempo testigo de sus deplorables ejemplos. ¡Me lo quedo y cumpliré con mi deber!» Pero después de aquella escena, el desdichado estaba blanco como un sudario; le temblaban las manos, á causa de los esfuerzos que hacía para contener su cólera, y después de haberse marchado su mujer, se dejó caer en una silla y lloró como un niño. Desde aquel día empezó á declinar la salud del Sr. de Favreuse. La enfermedad del corazón que había contraído en medio de sus penalidades, se agravó súbitamente. Casi cada día le daban síncope y se le veía perder las fuerzas. ¡Ay, señor comisario!, no me extraña que haya querido acabar de una vez; le ha faltado valor para continuar una lucha imposible. No podía ya hacer nada, y los acreedores no se cansaban de perseguirle.

—Creo, en efecto, dijo el comisario de policía, que tal debe haber sido la causa de su funesta determinación.

—¡Oh, con seguridad, no ha sido otra cosa!, afirmó la portera.

Se oyeron sollozos y la voz de ambos hermanos que llamaban á su padre.

—¡Dios mío!., exclamó la señora Claudia. ¡Ese pobre hombre va á morir!..

—Según ha dicho el doctor, la herida es mortal, contestó el comisario.

Ambos pasaron al cuarto dormitorio.

El Sr. de Favreuse se estaba muriendo.

El doctor había hecho todo lo posible para salvarlo. Sin retirar la compresa que cerraba la horrible herida, la había empapado de una solución de percloruro de hierro. Pero el proyectil, que no había sido posible extraer, causaba atroces sufrimientos al infeliz.

Al mismo tiempo, éste sentía que sus fuerzas se agotaban y procuraba hacer acopio de la energía necesaria para hablar algunos instantes con sus hijos, á fin de explicarles su determinación y pedirles que le perdonasen su muerte, antes de perderlo para siempre.

El médico había tratado de oponerse, pero su oposición fué inútil.

—¡No me salvará usted!, dijo el Sr. de Favreuse con voz apagada. Siento que me quedan pocos instantes de vida... Puesto que Dios no ha querido que muriese en el acto, déjeme al menos dar á mis hijos mi suprema despedida.

—¡No digas eso, padre!., imploró Edmundo. ¡No morirás!.. ¡Te salvaremos!..

—No... Siento que será imposible, contestó el moribundo. Y además, ¿de qué serviría?

—¡Padre, padre!, exclamaron sollozando los dos jóvenes inclinados sobre el lecho de dolor.

—¡Padre, vivirás!.. Dios hará este milagro si es preciso, dijo Edmundo.

—¡Dios!.. A él le pido que me perdone este acto de desesperación..., dijo el Sr. de Favreuse, como os pido á vosotros, hijos míos, que me lo perdonéis también!

La portera, que llegaba en aquel momento con el comisario, oyó estas últimas palabras.

—Pide un sacerdote, dijo ella. Voy á llamar al P. Josset, que vive en esta casa; es uno de los vicarios de nuestra parroquia.

Corrió al piso de abajo y volvió en seguida con el vicario, á quien puso al corriente en pocas palabras.

—Hijos míos, dijo el moribundo en presencia del sacerdote, reuniendo las manos de Edmundo y de Luciano en una de las suyas, ¡perdonadme el haber querido daros la muerte, como pido perdón á Dios con todo mi corazón!..

Ambos jóvenes sollozaban en silencio.

El Sr. de Favreuse no parecía preocuparse de la presencia del P. Josset, del doctor ni del comisario de policía. La portera se había quedado á la entrada del cuarto profundamente impresionada.

—Sabéis muy bien, continuó el infeliz, los esfuer-

zos que he hecho para reparar los desastres que mi debilidad y mi amor dejaron caer sobre nosotros... Mi vida no tenía más objeto que reparar la ruina que dejé abrirse á mis pies, asegurar de nuevo el porvenir comprometido por mí. A este fin, trabajé con ardor, y no hubiera perdido las esperanzas si no me hubiesen abandonado las fuerzas.

Edmundo, dolorosamente empujado, quería suplicar á su padre que no continuase; pero el Sr. Favreuse le impuso silencio con una mirada y continuó:

—La enfermedad me agobió, arrebatándome las fuerzas y haciendo inútil mi valor. En vez de acercarme al término de rehabilitación y restablecimiento que me había propuesto, le veía alejarse de día en día, y ya, incapaz de luchar, empezaba á ser para vosotros una carga...

—¡Oh! No protestes, hijo mío, añadió vivamente el moribundo, que detuvo así una afectuosa explosión de abnegación en los labios de Edmundo. Mi mal no tenía cura..., bien lo había comprendido... ¡Estaba seguro!.. Os ocultaba mis sufrimientos, á fin de no alarmaros; pero temía el momento en que el mal me postrase definitivamente en cama, en que hubiera podido vivir aún mucho tiempo, testigo impotente de vuestra ternura y de vuestra actividad. ¡Cuando ya no esté aquí, podréis continuar lo que no he podido hacer yo, y esto es lo que, antes de morir, quiero haceros prometer á ambos!..

—Padre, dijo Edmundo, tú me conoces, como yo conozco todos tus dolores...

—Sí, ya sé..., tengo confianza en ti.

Y volviéndose hacia Luciano:

—Pero tú, hijo mío; tú, de quien he vivido tanto tiempo separado; tú, que no he podido formar de mi ternura, ¿me prometes secundar á tu hermano, trabajar con ardor como él, á fin de devolver á nuestro nombre, á ese nombre honroso que os lego, los derechos á la estimación y á la consideración que han sido comprometidos?..

—¡Sí, padre, te lo prometo!., contestó el joven.

—El honor no resulta intacto cuando se tienen deudas, cuando se ha hecho perder dinero á los demás y no se les puede reembolsar... Esto era, bien lo sabéis, la preocupación de mi vida... Encontraréis en mis papeles notas precisas, indicando todas las cantidades que debo... Trabajaréis para llevar á término esa obra sagrada..., doblemente sagrada porque es una obra de honor y el voto supremo de vuestro padre moribundo...

—¡Te lo prometemos!.. ¡Te lo juramos!, contestaron á la vez Luciano y Edmundo.

—Esa tarea os será en lo sucesivo más fácil, continuó el Sr. de Favreuse, cuya voz se extinguía gradualmente. Hoy sois ya hombres, tenéis veinte años, estáis en la edad del trabajo y de la fuerza... ¡Ah, pobres hijos míos! Es una existencia muy dolorosa la que os impongo..., pero os lo pido con todo mi corazón... Y desde arriba velaré sobre vosotros... Rogaré á Dios, que me perdonará mi desesperación, le rogaré que os sostenga, que os proteja... ¡Edmundo..., Luciano..., hijos míos!..

Los dos jóvenes sintieron la mano fría de su padre estrechar la suya con una energía suprema.

—¡Padre!., exclamó Edmundo prorrumpiendo en sollozos que ya no podía contener. ¡Oh, Dios mío, os lo suplico, dejadme mi pobre padre!..

—¡Padre!, dijo á su vez Luciano, ¡padre, no nos dejes!

—¡Adiós..., hijos míos!., balbuceó la apagada voz del moribundo. ¡Os bendigo!..

Y extendió su mano descarnada encima de las cabezas de sus hijos arrodillados, repitiendo:

—¡Os bendigo!..

El sacerdote, que oraba, extendió á su vez la mano derecha sobre aquel lecho fúnebre.

—Dios, que ve tu arrepentimiento y tus méritos, pronunció, te perdona, y yo, en su nombre, te absuelvo.

—¡Adiós, Edmundo..., Luciano!.. El honor de nuestro nombre..., pudo aún decir el Sr. de Favreuse. ¡Adiós!..

Espantosos sollozos sucedieron á las últimas palabras del desesperado, cuyos ojos acababan de cerrarse para siempre, y los dos jóvenes se levantaron para abismarse llorando sobre el inanimado cuerpo de su padre, que cubrieron de besos y de lágrimas.

Los testigos de esta escena cruel respetaron su dolor, que se agotó lentamente en su misma violencia, y cuando se alzaron, el cura interrumpió sus preces para coger á Edmundo por la mano, mientras el comisario de policía se llevaba á Luciano por su lado, para consolarlos y animarlos.

El doctor comprobó las señales aparentes de la muerte, y la portera descolgó de la cabecera un crucifijo que colocó sobre el pecho del Sr. de Favreuse, cuyas manos juntó.

La dolorosa impresión causada por el dramático suceso del cual habían sido testigos, había de tardar en disiparse en la señora Landry y en los dos niños que la acompañaban.

Bajando las calles de las Abadesas y de los Mártires, para ir á tomar en la plaza Pigalle el ómnibus que debía transportarlos á su barrio, hablaban del acontecimiento en voz baja, pues Pablo y Rosita interrogaban á la excelente mujer.

Querían comprender qué espantosa desesperación, qué irreparable desgracia había conducido á aquel hombre al suicidio, y la señora Landry se lo explicaba lo mejor que podía.

—Es un noble, dijo Rosita. ¿No oíste? Se llama el Sr. de Favreuse.

—¡Ay, hija mía!, contestó la madre, los nobles tienen sus desgracias como los demás.

—¿Entonces, es porque ya no tenía dinero por lo que se mató ese pobre señor?

—Ha sido á la vez á causa de la miseria y de la enfermedad que padecía, á lo que yo he comprendido.

—Pues bien, nosotros tampoco somos ricos, añadió la niña, y papá ha estado muy enfermo, cuando no trabajaba... ¡También hubiera podido matarse!..

—¡No digas esas cosas!., replicó vivamente la señora Landry, á quien semejante perspectiva espantó. Tu padre no hubiera hecho nunca eso!..

—¡Oh, no; ya lo sé!

—Seguramente somos aún más pobres que esa gente, pues pronto hará un año que tu padre se halla sin trabajo y yo gano demasiado poco para los cuatro. ¡Dios nos preserve de tal desgracia!.. ¡Nunca se debe perder la esperanza ni la confianza!.. ¡Si Dios quiere, acabaremos por salir de apuros!..

—Sin Pablito, repuso la niña, ese señor hubiera muerto en el acto; él médico lo ha dicho.

Dijo esto con cierto orgullo, contenta de los elogios que se habían prodigado á su amigo.

—Ha tenido una sangre fría y un valor magníficos, contestó la señora Landry.

«Hiciste una buena acción, Pablito, añadió volviéndose hacia el muchacho. ¿Oíste lo que dijo el señor comisario de policía?.. Sin ti, el Sr. de Favreuse hubiera muerto en el acto, y sus dos pobres hijos, que hemos visto tan desolados, no hubiesen tenido el consuelo de volver á ver vivo á su padre.

Rosita estaba orgullosa de su amiguito. Parecía que el mérito de su intervención, que el brillo de su buena acción irradiaba en su rostro y le designaba á las personas que encontraban en la calle como un ser superior á los demás.

Su corazón, lleno ya de amistad por él, se sabía henchido por una incandescencia de afecto y su alma ingenua experimentaba las emociones de una dicha inexplicable.

En su modesto vestido blanco que recogía en sus brazos, sujetando los pliegues embarazosos del velo, marchaba feliz al lado de él, como si sintiese redundar sobre ella algo de su superioridad, pues le encontraba superior á todos los demás, como ya le había parecido el más hermoso.

Parecían dos pequeños novios, con sus trajes de primera comunión, y sin duda, sin que ellos se diesen cuenta, se formaban ya en las profundidades misteriosas de sus almas infantiles un lazo que subsistiría y les uniría más tarde entre sí.

Pablo contestó confusamente á los elogios de la madre de Rosita, no sabiendo qué decir en su modestia ingenua, y el paso del ómnibus, que encontraron en el bulevar de Clichy le sacó de su embarazo.

Durante el trayecto fué difícil hablar, porque yendo el coche casi lleno, la señora Landry y los dos niños se encontraron separados por otros viajeros.

Al bajar del ómnibus, en la plaza Maubert, la señora Landry y Rosita acompañaron á Pablo hasta la carbonería, donde la primera refirió lo que había pasado.

Sofía Galoux y sus hijos felicitaron al muchacho; pero Bourasse, que había hecho muecas y meneado la cabeza durante el relato de la señora Landry, intervino diciendo:

—No, no, yo no opino lo mismo. ¿A qué proporcionarse disgustos ocupándose de las cosas de los demás?.. Lo mejor es no meterse en nada.

—Sin embargo, replicó Sofía, el muchacho no ha hecho ningún mal acudiendo en socorro de ese señor.

—No digo que haya hecho algún mal, repuso Bourasse, pero ello nada le importaba... Si ese señor quiere matarse, es muy libre de hacerlo, ¡qué diablos!.. Y todo eso da lugar á historias..., el comisario de policía, todo el mundo...

(Se continuará.)

## VARIEDADES CIENTÍFICAS

APARATOS PARA DESCUBRIR AGUAS SUBTERRÁNEAS  
EL ACUSTELO DAGUIN

Los problemas de la busca de aguas revisten de día en día mayor importancia y es grande el número de los zahoríes que dicen haberlos resuelto; pero la



Fig. 1. - Acustelo Daguin, aparato para descubrir aguas subterráneas

ciencia se niega á dar crédito á esos adivinadores, y aunque los prácticos utilitarios quieren afirmar la eficacia real de sus procedimientos ó de sus aptitudes, no les es dado todavía demostrarla á causa de los resultados contradictorios obtenidos ó de las puerilidades con que la han explicado. En efecto, ¿qué pensar de uno de esos zahoríes que de siete veces cinco aciertan en sus previsiones, prestando con ello señalados servicios, pero que no pueden ó no quieren dar una definición clara de su modo de proceder y que, por añadidura, pretenden adivinar, por medio de una varita eléctricamente combinada con diversos metales, el sexo de los huevos, la índole de los remedios que han de prescribirse á los enfermos, los yacimientos de minerales, los tesoros, etc?

Hace poco recibí de un corresponsal de Palencia (España) una carta curiosa y á la vez desconcertante: en las manos de ese individuo, la varita adivinatoria determina milagrosamente el sitio de las corrientes subterráneas, su dirección, su profundidad, sus cambios de orientación, etc., y lo determina lo mismo yendo en coche que en ferrocarril que estando en el último piso de una casa. Sus éxitos son incontables, pero cada vez más sufre los daños que esa sensibilidad especial causa á su sistema nervioso, produciéndole cefalalgias, dolores en la columna vertebral y otros males indeterminados y desconocidos, debidos á las emanaciones continuas eléctricas y magnéticas de las corrientes, hasta el punto de que ha tenido que abandonar su domicilio, por debajo del cual pasaban, según él dice, corrientes demasiao intensas.

De buen grado le creemos bajo su palabra; pero nuestro juicio definitivo queda en suspenso, como el que nos merecen todos los zahoríes, cuando el tal sujeto nos dice «que, en general, las corrientes son paralelas y equidistantes (de cuatro á cinco metros por término medio), con una gran regularidad, pero sin juntarse en una extensión de varios kilómetros; y que en Lourdes y en Burdeos la distancia que separa las corrientes es sólo de tres metros y medio, y en Bayona de cuatro.» Todo esto, en efecto, está muy poco conforme con los caprichos, hoy bien conocidos, de las circulaciones subterráneas, así de las capas de agua (terrenos detríticos), como de las redes de fracturas (terrenos hendidos), para que pueda aceptarse como bueno.

En una palabra, la cuestión de los zahoríes no avanza seriamente ni un solo paso.

Más científica, puesto que se basa simplemente en las leyes físicas de la propagación del sonido, es la aplicación del acustelo Daguin mediante un aparato (fig. 1), que ha sido objeto de una nota presentada recientemente en la Academia de Ciencias de París por los Sres. Dienert, Guiller y Marsec.

El aparato construído por los Sres. Ducretet hijo y Roger, se funda, como hemos dicho, en los principios del acustelo Daguin, ó corneta analizadora de los sonidos. Es simplemente una corneta acústica, provista en su interior y en su parte inferior de un pequeño cono, cuya base está vuelta hacia el extremo estrecho de aquélla. El Sr. Dienert ha hecho añadir al aparato una doble envoltura, una vaina especial, que cubre la corneta interior á fin de impedir que el aire exterior produzca ruido al soplar contra las paredes del instrumento, ruido que ofuscaría el que se trata de distinguir y que procede del movimiento de las aguas subterráneas.

Para utilizar el aparato se practica en el suelo un hoyo de 30 á 40 centímetros, ó se coloca aquél en el agua de un recipiente puesto muy plano en el suelo; se introduce ligeramente la base del instrumento y se aplican al oído las boquillas de los tubos de caucho. El ruido de agua subterránea que de este modo se oye es continuo y causa la impresión del que produce el viento en un bosque, siendo particularmente intenso cuando procede de una galería, pues el aire de ésta resuena y facilita, reforzándola, la propagación de la onda sonora.

Este fenómeno ha sido especialmente observado en *Pozo-Bottin*, cerca de Villeneuve sur-Yonne.

El acustelo Daguin, modificado de esta manera, puede servir también para encontrar los hurones perdidos en las madrigueras.

Gracias á la cooperación del Servicio de las Aguas de la ciudad de París, han podido efectuarse varias pruebas en cuatro distintos sitios del acueducto del Avre, entre Vaucressón y Garches:

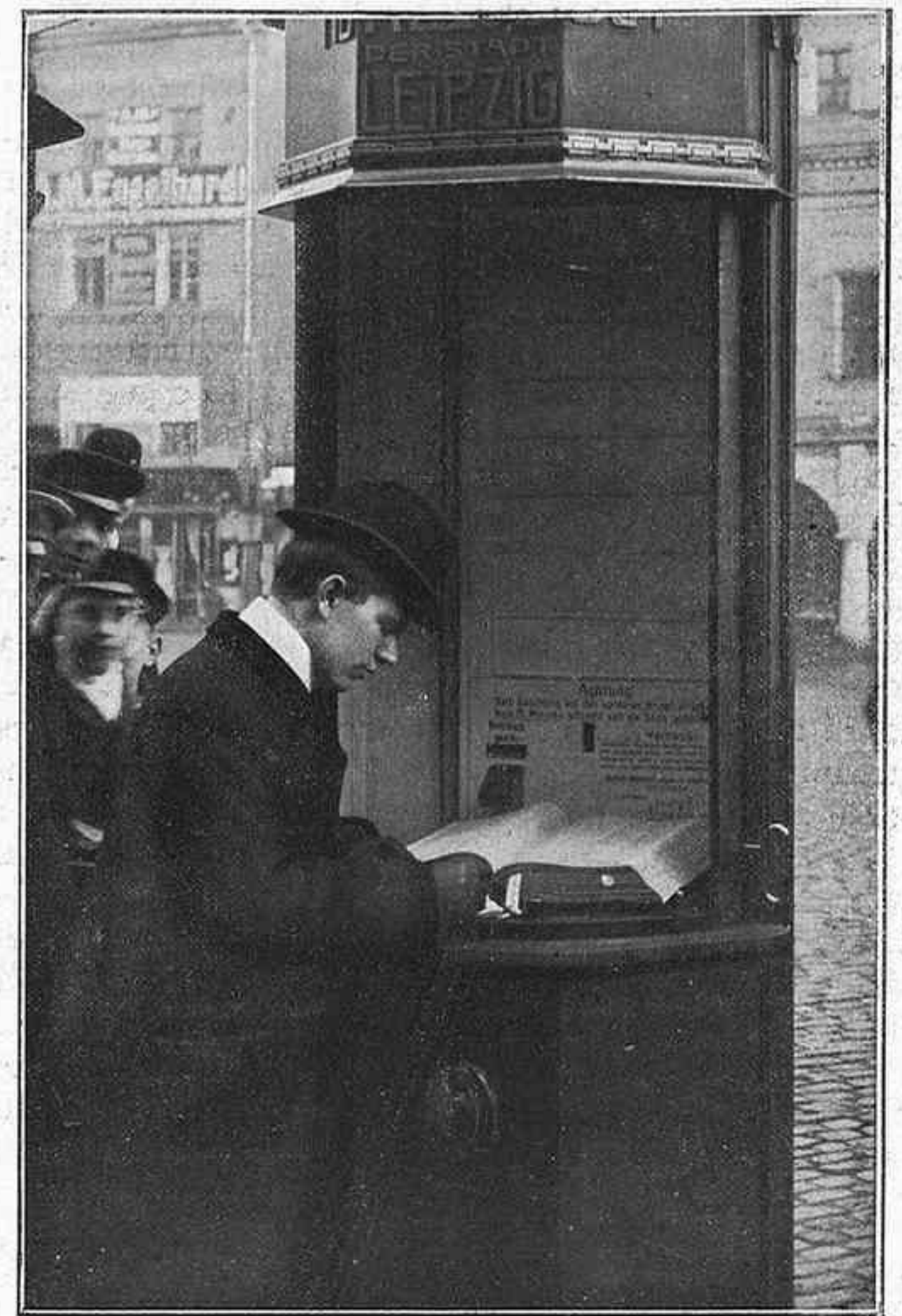
1.º Delante de Vaucressón, llega á un pozo de 60 metros de profundidad un manantial de 10 litros por minuto que desciende por un tubo, cortado á 80 centímetros sobre el fondo y cuya altura vertical es de unos 30 metros. En aquel primer punto, el acustelo percibió el rumor sordo producido por la corriente del agua, y lo percibió hasta un alejamiento lateral de 160 metros.

2.º En un sitio en donde el agua estaba á 44 metros de profundidad y procedía de un manantial de 12 litros por minuto que descendía por un tubo cortado á cosa de un metro del fondo con una altura de caída de unos 25 metros. Uno de los dos experimentos efectuados en aquel sitio reveló la existencia de filtraciones en el suelo; la caída de las gotitas producía en el aparato el efecto del sonido de campana.

3.º En otro lugar, en un pozo de 26 metros de profundidad, la proximidad de la carretera, con el ruido de carruajes, impidió percibir la salida del agua.

4.º Cerca de la estación de Garches, el atabe está á tres metros de profundidad, y aunque no hay salto, el aparato percibió perfectamente el ruido del agua al chocar con una pequeña estacada. Y habiendo descendido un individuo al atabe, el acustelo transmitió el ruido del silbido y de las pisadas del mismo que sólo con el oído era imposible percibir.

Es de desear que esos experimentos se continúen y que se comprueben con cuidado los datos obtenidos en los trabajos que se realicen siguiendo las indicaciones del acustelo.—E. A. MARTEL.



Quiosco automático en el que, mediante la introducción de una moneda, puede consultarse la guía de una ciudad. (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL DESCUBRIDOR AUTOMÁTICO DE AGUA  
DE MANSFIELD Y C.ª

Más práctico que el acustelo Daguin parece ser el descubridor automático que fabrica la casa Mansfield y C.ª, de Liverpool (fig. 2). Es un aparato sencillo con el que cualquiera persona, por poca experiencia que tenga, puede fácilmente determinar la existencia de un manantial ó corriente de agua en cualquier sitio en donde desee emprender trabajos de perforación.

La acción principal del aparato, que indica la presencia del agua hasta 1.000 pies de profundidad, registra la fuerza de las corrientes eléctricas que circulan siempre entre la tierra y la atmósfera, y cuya intensidad aumenta en la proximidad de las corrientes de agua subterráneas.

Si debajo del sitio en que se coloca el aparato hay algún manantial subterráneo, la aguja del cuadrante comienza á moverse; tomando nota exacta de grados marcados en la escala y cambiando varias veces la posición del aparato, el sitio en donde se hayan registrado los movimientos acentuados de la aguja será el indicado para emprender las operaciones de perforación.

Si la aguja permanece inmóvil será prueba de que no existe ningún manantial en el lugar en donde se haya situado el aparato.

Las observaciones habrán de hacerse siempre entre las ocho y las doce de la mañana y entre las dos y las cinco de la tarde, porque estas horas son las de mayor actividad en las corrientes verticales del aire; y será conveniente hacerlas en un día despejado, pues el aparato no funciona tan bien cuando la atmósfera y la tierra están saturadas de humedad. Tampoco funciona en las inmediaciones de edificios de hierro ó debajo de los árboles.

El aparato señala los manantiales y corrientes de agua subterráneas en su estado natural, no los manantiales ó corrientes á flor de tierra.

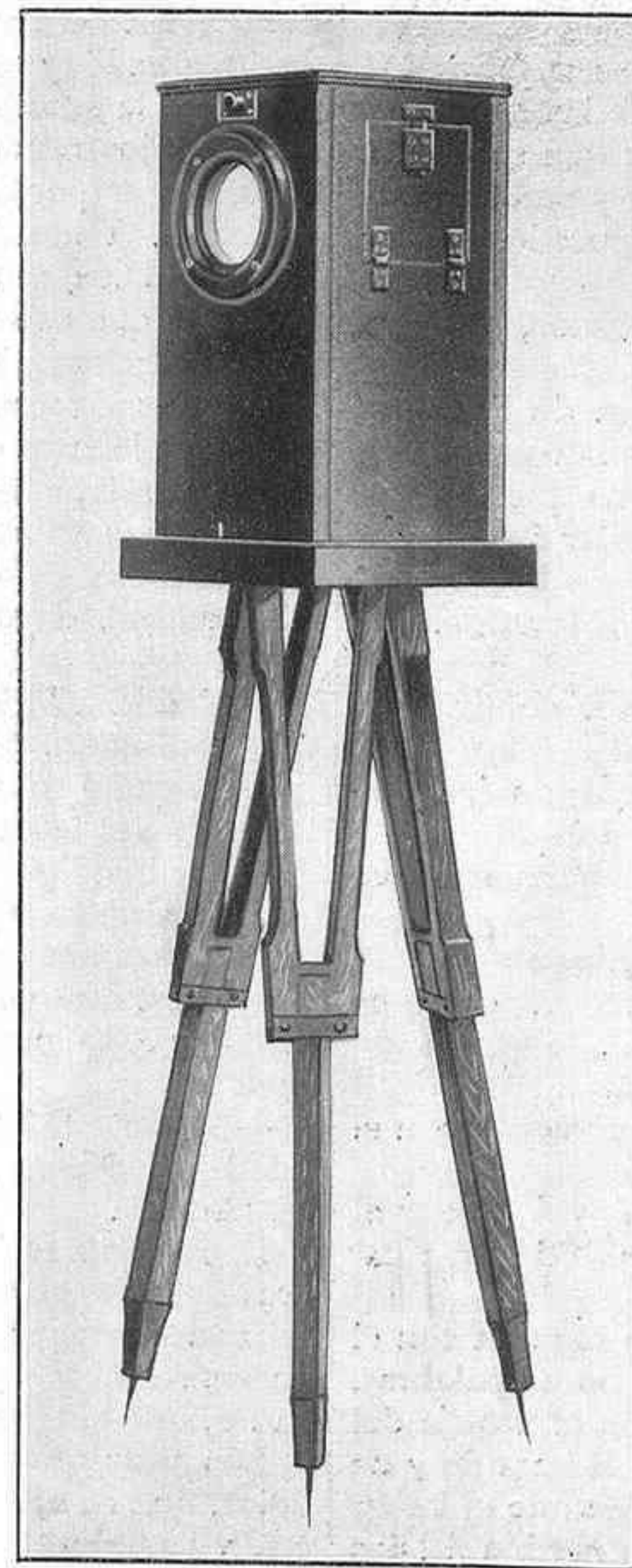


Fig. 2. - El descubridor automático de aguas subterráneas, invento de los Sres. Mansfield y C.ª, de Liverpool.

*Comte de Salay Portugalet*

Este aparato se construye de dos tamaños: uno para determinar la presencia de aguas subterráneas a profundidades hasta de 1.000 pies, y otro para profundidades hasta de 500 pies; el precio es 100 y 50 libras esterlinas (2.500 y 1.250 pesetas) respectivamente.

Los informes que numerosos hombres de ciencia han emitido sobre el descubridor automático de agua

que será criminalmente perseguido el que voluntariamente estropee el aparato, concediéndose una recompensa a todo el que formule una denuncia en términos bastante precisos para poder castigar al autor del daño causado.

Ocioso nos parece llamar la atención sobre las ventajas que estos quioscos ofrecen muy especialmente a los forasteros, desconocedores de una ciudad.

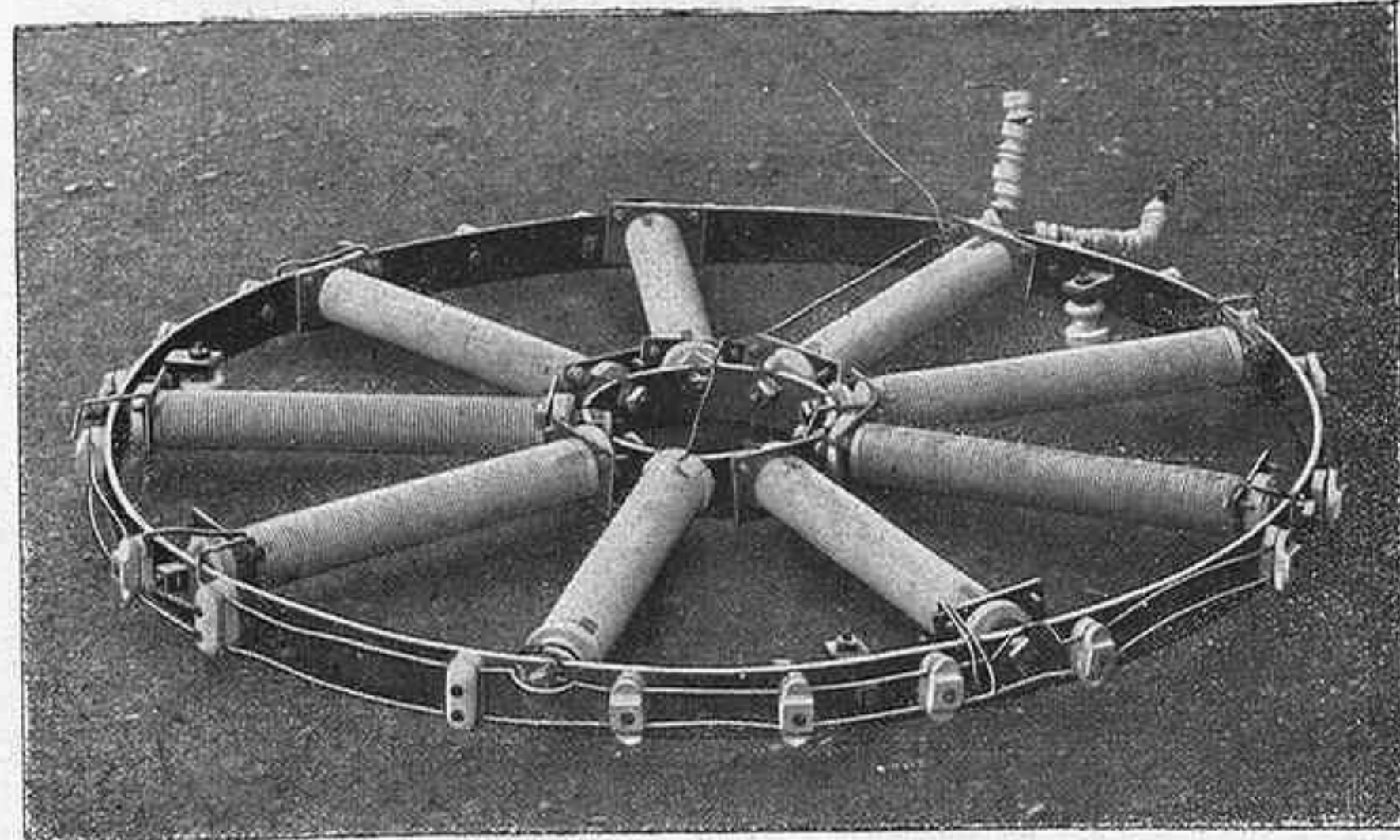


Fig. 1. - Rejilla de calefacción sistema Le Roy

LA CALEFACCIÓN DE LOS HORNOS DE PAN POR LA ELECTRICIDAD

La calefacción eléctrica ha hecho grandes progresos en estos últimos años, siendo innumerables sus aplicaciones, sobre todo para usos domésticos. Actualmente se estudia la realización, en condiciones prácticas, del horno eléctrico de pan, que ofrece, entre otras ventajas, la de la absoluta limpieza, graduación exacta de la temperatura, la economía, la rapidez del trabajo y la evitación del peligro de incendio.

son en extremo favorables y demuestran las ventajas del aparato de la casa Mansfield y C.<sup>a</sup>, de Liverpool.

UNA APLICACIÓN ÚTIL DE LOS DISTRIBUIDORES AUTOMÁTICOS

Desde que se instalaron los primeros aparatos automáticos en los sitios públicos, han aumentado prodigiosamente las aplicaciones de los mismos. Comenzaron por ser distribuidores de golosinas, pero luego han sido destinados a usos más útiles, y en la actualidad los hay para un sin fin de objetos que responden a verdaderas necesidades y prestan muy convenientes servicios. Y todo ello por una modesta moneda de diez céntimos, que al ser introducida en una ranura especial hace funcionar el aparato y obtener de éste lo que se desea.

Recientemente en varias ciudades de Alemania se han montado unos quioscos automáticos en los que, por el procedimiento indicado de la introducción de una moneda de diez pfeniges, puede consultarse la guía de la población. Al echar la moneda, el quiosco se abre, poniendo a la disposición del público la guía ó libro de direcciones; una vez hecha la consulta que se desea, se oprime un botón y el quiosco se cierra. En el interior de éste se leen varias advertencias, entre ellas la de que después de quince minutos de abierto, el quiosco se cierra por sí solo, y la de

Hasta ahora oponiase, sin embargo, a su generalización el precio de la energía eléctrica y los detalles de construcción, pero al presente ambas dificultades se han resuelto, si no del todo, en gran parte. En cuanto al precio, sabido es que muchas fábricas proporcionan la energía eléctrica con gran rebaja en las horas de noche, que es precisamente cuando funcionan principalmente los hornos de pan; y por lo que hace a la construcción, los perfeccionamientos introducidos en los radiadores eléctricos han reducido el consumo de estos aparatos y aumentado su resistencia.

En la exposición de electricidad hace poco celebrada en Marsella pudo verse funcionar continuamente durante meses un horno eléctrico de pan en condiciones excelentes. Ese horno, de 1'92 metros de alto por 1'47 de ancho y 1'36 de profundidad, se componía de dos cámaras de cocción sobrepuestas (fig. 2), calentadas por una rejilla sistema Le Roy (fig. 1) instalada en un espacio hueco de 10 centímetros de alto practicado debajo de la solera y cerrado con una plancha de palastro.

La cámara de cocción se calentaba a la vez por la radiación de la rejilla en la solera y por el aire calentado con el contacto de las resistencias puestas al rojo, que llegaba hasta ella por un espacio anular.

La temperatura marcábase en un pirómetro sistema Demaze, y una disposición especial permitía hacer llegar agua a fin de producir vapor húmedo en el momento de introducir en el horno los trozos de pasta.

La cámara superior se destinaba más especialmente a la pastelería; la inferior, de temperatura más elevada, a la panadería.

Las pruebas efectuadas durante cinco meses seguidos han demostrado que la potencia necesaria

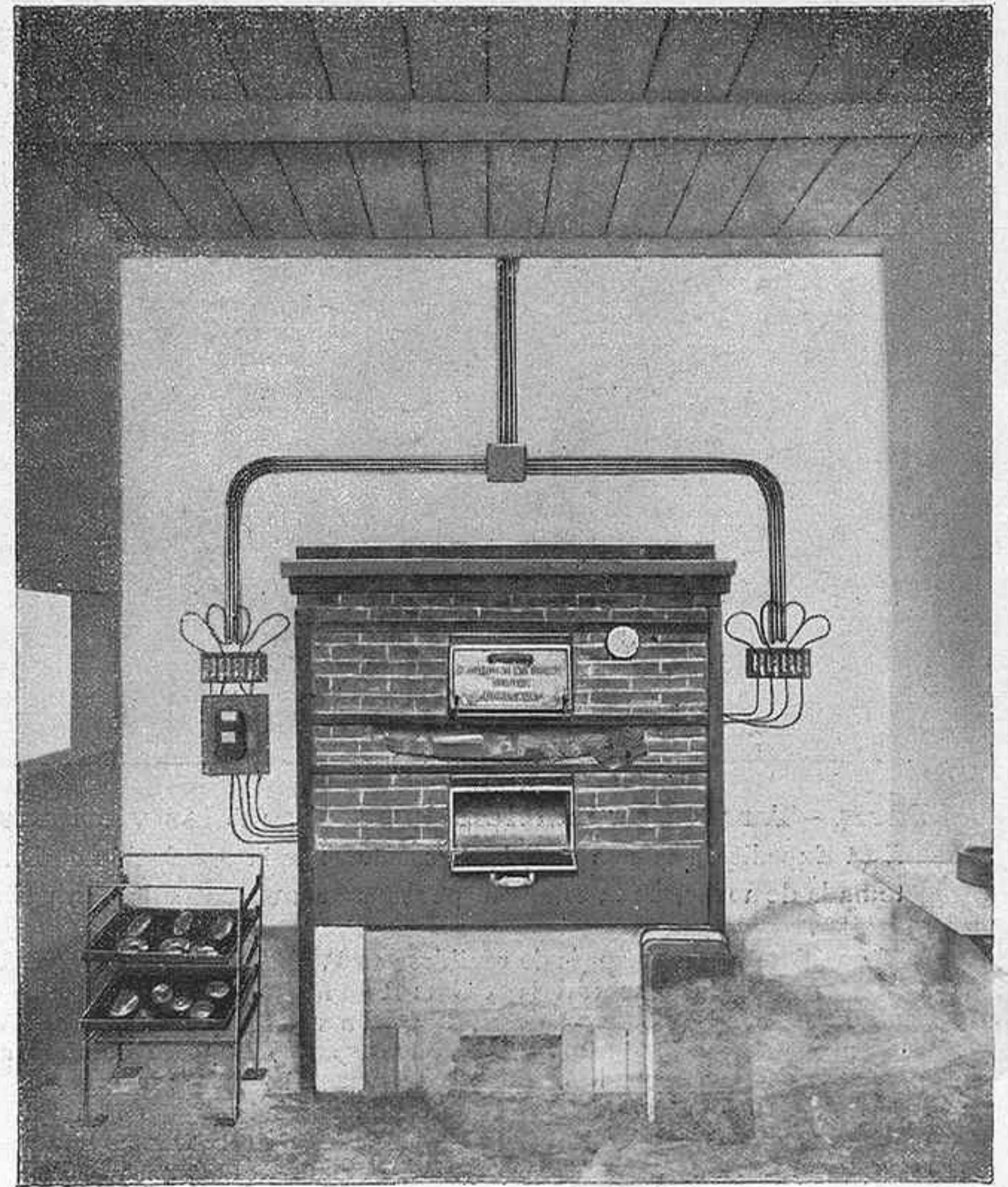


Fig. 2. - Horno eléctrico de pan

para cocer de 80 a 100 kilogramos de pan variaba entre 15 y 16 kilovatios, lo que, admitiendo como precio unitario el de diez céntimos, representa de 1'50 a 1'60 pesetas por hornada.—G. T.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

En todas las Farmacias del Globo.

**JARABE DELABARRE**

Primera Dentición

Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición.

Exíjanse: el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

FUMOUZE - PARIS

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar a sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moory's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

**REMEDIO DE ABISINIA**

**EXIBARD**

SOBERANO CONTRA

**CATARRO - ASMA - OPRESIÓN**

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

**VINO AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

**ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR**

Célebre Depurativo Vegetal cura las

**ENFERMEDADES DE LA PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, París.

Todas Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**

Curada por el Verdadero

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Paris.—Tercera expedición de socorro á las víctimas de la catástrofe de Sicilia y Calabria, organizada por la Cruz Roja francesa. Esta Expedición se compone de diez señoras de la Asociación de Damas francesas y cuatro médicos, y está dirigida por la condesa Lunzi y la señora Barbarin. (De fotografía tomada de noche, en la estación, pocos momentos antes de partir el tren, por World's Graphic Press París.)

Inmediatamente después de recibirse en París la noticia de la catástrofe de Sicilia y Calabria, el comité central de la Cruz Roja francesa organizó varias expediciones de auxilio. Hasta ahora han salido tres: la primera, compuesta de damas de la Sociedad francesa de socorro á los heridos militares, partió el 31 de diciembre último, bajo la dirección de la señora Fortoul y de la generala Hervé; la segunda, formada por la Unión de las Mujeres de Francia y dirigida por las señoras Feuillet y Lefebvre, el día 1.º de este mes; la tercera, á cargo de la Asociación de Damas francesas y al frente de la cual van la señora Barbarin y la condesa Lunzi, el día 4.

El adjunto grabado representa esta última expedición momentos antes de partir el tren. La señora de cabello blanco, que lleva las insignias en el pecho, es la condesa

Lunzi; la de su derecha, la señorita de Humieres, y la de su izquierda la señora de Martin; el caballero que está al lado de ésta es su hijo el doctor Enrique Martin, nieto del famoso historiador, que forma parte de la expedición, junto con los doctores Tournadour d'Albay, Dedet y Benoit. Los tres equipos organizados por la Cruz Roja francesa, en su mayor parte compuestos de damas de la aristocracia y de la alta sociedad, están prestando en los hospitales de Sicilia grandes servicios, habiendo merecido entusiastas elogios de los reyes, del gobierno y de las autoridades de Italia y el más profundo agradecimiento de los millares de desvalidos á quienes no sólo prodigan sus cuidados, sino que además socorren con la gran cantidad de víveres, prendas de ropa y otros objetos que consigo se llevaron para que su obra de caridad fuese completa.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL APÍOL DE LOS DÍAS**  
**JORET-HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORS, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849 Paris

**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOSES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Fórmula y conserva el cutis limpio y terso  
CASA CANDÈS  
8, St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

**PILULE**  
de **BLANCARD**

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

INGREDIENTES: CAJÚ, SUI

APROBADAS  
por la  
Academia  
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra  
lo que sucede con los demas purgantes, este no  
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos  
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.  
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la  
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-  
ciones. Como el cansancio que la purga  
ocasiona queda completamente anulado por  
el efecto de la buena alimentacion  
empleada, uno se decide fácilmente  
á volver á empezar cuantas  
veces sea necesario.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida  
curación de las *Afecciones del*  
*pecho, Catarros, Mal de gar-*  
*ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos,*  
*Dolores, Lumbagos,* etc.; 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de  
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos,* la  
*Clorosis,* la *Anemia,* el *Apoca-*  
*miento,* las *Enfermedades* del  
*pecho* y de los *intestinos,* los  
*Espustos de sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida  
á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.